

Don Cayetano

*1179900 JH
002/90/11*



PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS



BIBLIOTECA CLASICA EBRO
CLASICOS ESPAÑOLES

370-541

PEDRO CALDERON DE LA BARCA

LA DAMA DUENDE

Edición, estudio y notas de
PILAR DIEZ Y JIMENEZ DE CASTELLANOS
Doctor en Filosofía y Letras

SEXTA EDICION, ILUSTRADA



EDITORIAL EBRO, S. L.
Fundada en 1938 por D. TEODORO DE MIGUEL
ZARAGOZA (ESPAÑA)
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES - NEW - YORK

OHIC

4/abril/66

1079196

indis c.1



RESUMEN CRONOLOGICO DE LA VIDA
DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
(1600 - 1681)

La tónica, en la vida de Calderón, es una digna reserva y un moderado orgullo. Quizá fue soberbio; pero supo frenar la altivez con prudencia. No faltaron en su vida lances de amor y fortuna, mas de todo guardó silencio. Forma notable contraste con Lope: los vuelos del manteo, en el uno, desencadenan aires de escándalo por donde va, mientras el otro se encierra en un empaque que es en su vida como en su obra, la envoltura del sentimiento.

A 17 de enero de 1600, en Madrid, nace Calderón. Fue bautizado en la antigua parroquia de San Martín, que estaba en la moderna plaza de las Descalzas. Su familia, oriunda de la provincia de Santander, gozaba ejecutoria de hidalguía, de lo cual no dejaba de envanecerse Calderón. En cambio, mortificóle, en su niñez, que sus condiscípulos le llamasen Perantón, porque su nombre de pila era Pedro y había nacido el día de San Antonio Abad.

Los padres fueron: Doña María de Henao y Riaño y Don Diego Calderón de la Barca, Secretario o Escribano del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda. Una de las abuelas de Calderón había fundado una Capellanía de sangre y era propietaria de la casa número 75 de la calle Mayor de Madrid, donde vivió y murió Don Pedro.

Calderón estudia con los Padres de la Compañía en el Colegio Imperial de Madrid, y luego en la Universidad de Alcalá de Henares.

1610.—Queda huérfano de madre.

1615.—Pasa a la Universidad de Salamanca, donde obtiene el título de Bachiller. Su padre, casado en segundas nupcias, muere este mismo año.

1620.—Concurre a las justas poéticas celebradas con motivo de la beatificación de San Isidro.

1621.—Muere violentamente aquel verano Nicolás de Velasco, hijo de un criado del Condestable de Castilla. Don Pedro y sus dos hermanos, acusados de este crimen, estuvieron muchos días retraídos en la Embajada de Alemania.

1622.—Interviene en los certámenes de la canonización de San Isidro, mereciendo elogios de Lope de Vega.

1623 a 1625 deben corresponder al tiempo en que Calderón anduvo por Italia y Flandes. Vuelto a Madrid, en el famoso menidero de los representantes, punto de reunión de las gentes de teatro, sito en una plazoleta que hubo en la calle del León, entre las del Prado, Franco y Cantarranas, el actor Pedro de Villegas produjo una herida, que al principio se creyó mortal, a un hermano de Don Pedro Calderón. El agresor tomó asilo en el inmediato convento de las Trinitarias (donde era monja profesa Sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega). La justicia, seguida del populacho y de los parientes del herido, atropelló la clausura y aun parece que se les faltó al respeto a las propias monjas. El famoso predicador Fray Hortensio F. Paravicino inculpó, desde el púlpito, a los ministros de la Justicia Real y se despachó a su gusto contra poetas y comediantes que tales desórdenes promovían. Don Pedro satirizó a Paravicino en el *Príncipe Constante*.

1636.—Felipe IV otorga a su poeta preferido la merced del hábito de Santiago para recompensarle por el celo mostrado constantemente en complacer a Sus Majestades.

1640.—Cuando las Ordenes Militares entraron en campaña, Don Pedro Calderón de la Barca fue a la guerra de Cataluña. «Se portó como de su persona y partes se podía esperar»; pero el puesto más elevado que ocupó en la milicia, fue el de cabo de escuadra.

1642.—Se le concede el retiro en atención al quebranto de su salud. Poco después de esta fecha nace un hijo natural de Calderón llamado Pedro, como él, y a quien tiene en calidad de sobrino hasta su ordenación sacerdotal, en que lo reconoce como hijo.

1651.—Calderón de la Barca se hace sacerdote. Muere su hijo. El silencio de Calderón sobre estos episodios íntimos no permiten comentarios. Para Calderón la vida es «humo», «sueño», «nada». Este ascetismo y este silencio impenetrable podrían entrañar una de dos cosas: despego natural de la vida impuesto por un temperamento sombrío, o acendrado remordimiento de conciencia propio de un alma pundonorosa y sensible.

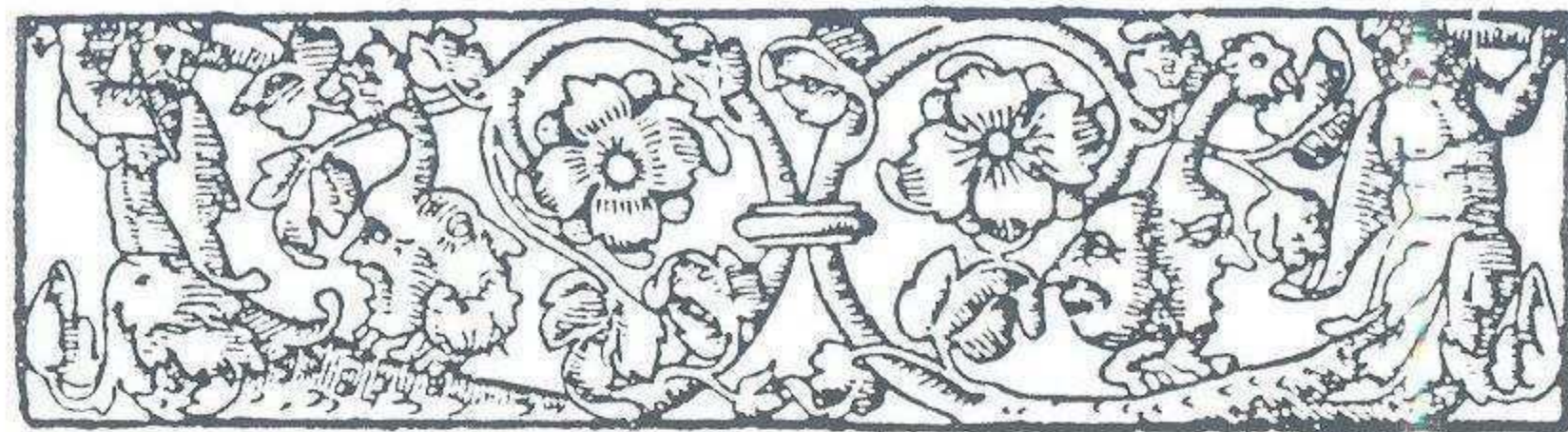
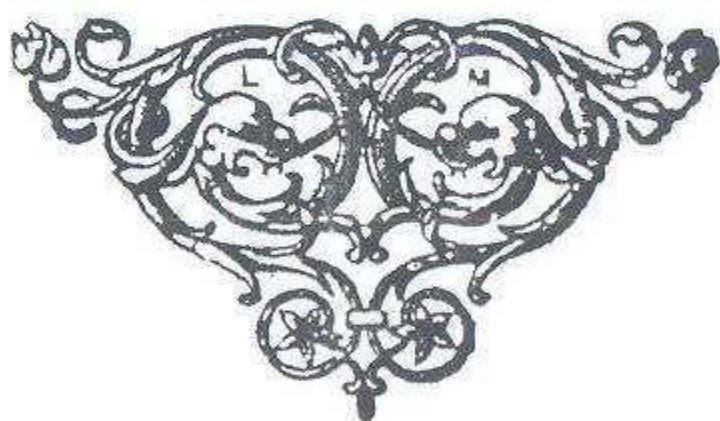
Nombrado Capellán de Reyes Nuevos, de Toledo, Don Pedro Calderón se trasladó allí, donde tenía una hermana monja; y entró en la Hermandad del Refugio.

1663.—El Rey le concede una pensión de 200 ducados y le hace su Capellán de Honor, con retención de la Capellanía de Toledo. Al cabo de diez años de permanecer a orillas del Tajo, recibiendo siempre encargos de los Reyes para las fiestas de la Corte, vuelve a Madrid. Felipe IV no sabía prescindir de él; la altivez de Calderón llevaba a mal que los demás criticasen lo que el Rey le mandaba. Al Patriarca de las Indias le dice sobre la bondad o malicia de escribir comedias: «o es malo o es bueno; si es bueno no me obste, y si es malo no se me mande». Nadie volvió a criticarle, en efecto.

8 — CALDERON DE LA BARCA

1666.—Es nombrado Capellán Mayor de la Congregación de San Pedro de presbiteros naturales de Madrid.

1681.—A 25 de mayo muere Don Pedro Calderón de la Barca. Sus restos descansaron primeramente en la Iglesia del Salvador, en frente de la Plaza de la Villa; después, en 1842, declarada ruínosa la Iglesia del Salvador, se trasladaron al Cementerio de la Sacramental de San Nicolás de Bari, afueras de la Puerta de Atocha y más tarde a la Parroquia de los Dolores, donde se guardaba también el retrato de Calderón, pintura de Juan de Alfaro.



PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS EN LA EPOCA DE CALDERON

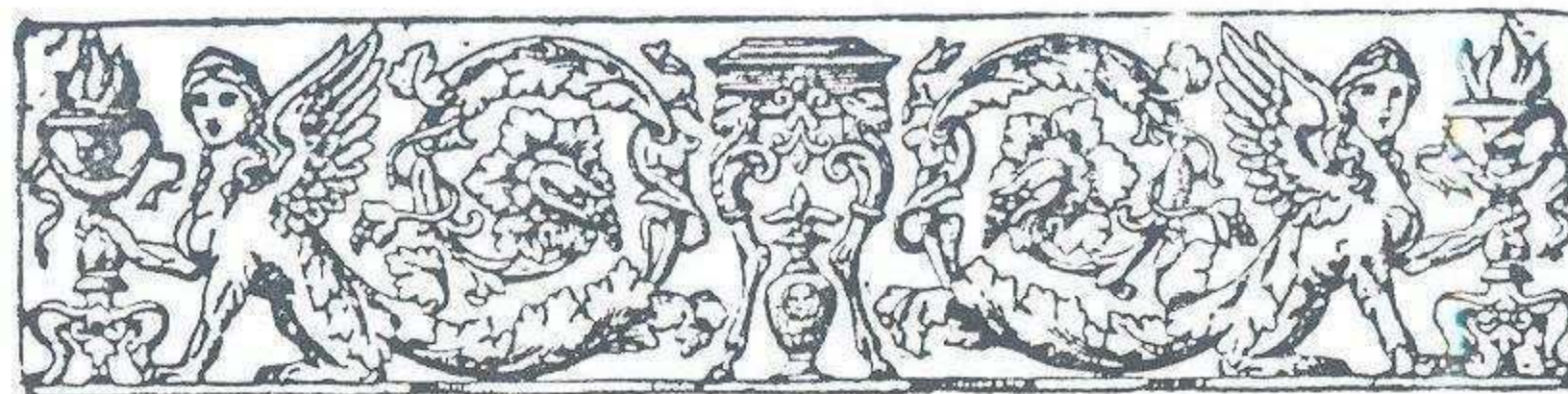
EN POLÍTICA. — Felipe III traslada la corte desde Valladolid a Madrid (1606). — Conciértase la *tregua de doce años* con los Países Bajos, reconociendo la independencia de las *Provincias Unidas*. Comienza la *Guerra de Treinta Años* entre Inglaterra y Francia (1618). — Sitio y rendición de Breda al marqués de Spínola (1626). — Guerra en Italia hasta 1630 (sucesión del duque de Mantua) (1628). — Guerra con Francia (1635). — Los españoles invaden la Picardía (1636). — Son derrotados los franceses en Fuenterrabía (1638). — Tratado de los Pirineos. Francia conserva el Rosellón y Cerdeña (1659). — Muerte de Felipe IV. Ocupa el trono de España Carlos II (1665). — Francia ocupa los Países Bajos (1667). — Tratado de Aquisgrán. Tratado de Lisboa. Se reconoce la independencia de Portugal (1668). — Paz de Nimega. España pierde el Franco Condado y trece ciudades de Flandes (1678). — Aprobación e impresión de las Leyes de Indias (1680-81).

EN CIENCIA Y ARTE. — Mientras las Artes brillan con máximo esplendor, quedan oscurecidos los valores científicos de España. Muerte de Galileo (1643). — Muerte del filósofo francés Descartes (1650). — Muerte de Pascal (1662). — Muerto en 1597 el arquitecto Herrera, el siglo XVII queda abierto a la acción del barroco. — Escultura típicamente nacional. — Apogeo de la pintura española. — Muerte del Greco (1614). — Zurbarán pinta su primera obra conocida, *La Inmaculada Niña* (1616). — Zurbarán termina el retablo de la capilla de San Pedro de la catedral hispalense (1625). — Viaje de Velázquez a Italia (1629). — La Academia de San Lucas de Roma recibe en su seno al pintor Ribera (Spagnoletto) (1630). — Velázquez pinta su admirable *Cristo en la Cruz* (1639). — Muere el pintor flamenco Rubens (1640). —

Muere el pintor flamenco Van Dick (1641). — En Madrid, Velázquez acoge, aconseja y facilita los estudios a Murillo (1643). — Velázquez pinta su inmortal cuadro *La rendición de Breda* (1647). Murillo pinta a *San Antonio de Padua*. — Segundo viaje de Velázquez a Italia. — Muerte de Montañés (1649). — Nacimiento de Churriguera (1650). — Muerte de Ribera (Spagnoletto) (1652). En primero de abril se celebra la primera sesión de la Academia o Escuela Sevillana, fundada por Murillo. — Muerte de Velázquez (1660). — Muerte de Zurbarán (1664). — Muerte de Alonso Cano (1667). — Muere el pintor holandés Rembrandt (1669).

EN RELIGIÓN. — Mantiénese España, en su unidad católica, siendo el ideal religioso factor principal en la vida española. — Fundación de las Escuelas Pías por San José de Calasanz (1617). Canonización de Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Isidro Labrador y San Felipe Neri (1622). Jansenio viene a visitar varias Universidades de España (1627). — Prohibición de hacer autos y comedias delante del Santísimo (1641). Condenación de las cinco proposiciones de Jansenio (1653). — Don Juan de Austria restringe las atribuciones del Santo Oficio (1670).

EN LITERATURA. — Edad de Oro en España. Extraordinario desarrollo del teatro. — Nace Rojas Zorrilla (1607). — Aparece *La estrella de Sevilla*, de Lope de Vega (1623). — Muerte de Vélez de Guevara (1644). — Muerte de Quevedo (1645). — Publícase *El Parnaso Español*, de Quevedo, tres años después de la muerte de su autor. — Mueren Tirso de Molina y Rojas Zorrilla (1648). Publícase *El Criticón*, de Baltasar Gracián (1651). — Muerte de Gracián (1658). — Nacimiento del francés Lessage, autor del *Gil Blas de Santillana* (1668). — Muerte de Moreto (1669). — Se imprimen *Las tres musas últimas castellanas*, de Quevedo (1670). — Muerte de Molière (1673). — Muerte de Milton (1674).



EL TEATRO CALDERONIANO

RASGOS GENERALES. — Los críticos insisten en la semejanza existente entre la época calderoniana y la de Lope de Vega. Sin embargo, ambas son continuación una de otra. Forman estas dos épocas la Edad de Oro de nuestra Literatura, y esta Edad de Oro, esta época clásica, tiene un período juvenil (el de Lope) y un período de madurez (el de Calderón).

Son sustancialmente la misma y, sin embargo, hasta al apellidarlas llamamos a la una por nombre de pila y a la otra por apellido: época de Lope; época de Calderón. Características juveniles son la alegría; un cierto primitivismo en las pasiones; la falta de paciencia para terminar de pulir la obra; la proximidad a la naturaleza que hace apetecible la vida y aleja la idea de la muerte. Características de la madurez son: la perfección definitiva de la forma (hay menos expresión, menos gracia, pero ha llegado a su plenitud la belleza); las pasiones no dominan, pero la lucha contra ellas agota a menudo las fuerzas del hombre; la muerte ha hecho ya acto de presencia arrancando de nuestro corazón plantas a cuya sombra vivíamos, y flores que cautivaban nuestro espíritu; a medida que vamos comprendiendo que la tierra no es "el centro de las almas", nos reconciamos con la idea de la muerte.

Así, en la época de Lope sonríe la aurora en los rostros de aquellas damas juguetonas, gráciles, de réplica pronta, traviesas, enredadoras, como Belisa en *El acceso de Madrid* y como *La discreta enamorada* o *Marta, la piadosa*. Los graciosos ríen y hacen reír con el gozoso delite del que se recrea en la vida, y los mismos protagonistas les imitan, a veces, con ese afán de exprimir el jugo de la existencia que hizo vivir tan a prisa a los renacentistas. El tema del amor lo llena todo; no se concibe en el teatro más resorte. La tiranía de los padres, los celos, el libre albedrío de damas y galanes, que no repara en tretas, para quedar triunfante. Cuando surge el drama, lo provoca también la pasión amorosa.

En la época calderoniana el teatro está de vuelta del amor. Los personajes tratan de triunfar de sus pasiones. Otros, como los celosos del honor, lamentan amar o haber amado. No pocos son los que sufren las consecuencias de bastardas pasiones, a las que el mundo da ese mismo nombre, como Isabel en *El Alcalde de Zalamea*, o como *La niña de Gómez Arias*. Los graciosos, en vez de loquear en lances paródicos y contar chascarrillos, filosofan, haciéndose ejemplo viviente de la fatalidad del destino, como García en *Saber del bien y del mal*, y Clarín en *La vida es sueño*. Reconcentrados en sí mismos, los personajes de esta segunda época meditan, meditan siempre sobre la caducidad de la vida, sobre la brevedad de la juventud, sobre la vanidad de los placeres, sobre lo efímero de la belleza.

Asignadas estas características de madurez, de edad viril, al teatro calderoniano, trataremos de clasificarle y analizar sus diferentes aspectos. Calderón escribe pomas líricas, algunas obras en prosa y, sobre todo, piezas dramáticas. Las composiciones más aplaudidas del teatro de Calderón se agrupan en *comedias religiosas y filosóficas*, *dramas trágicos*, *dramas de celos*, *comedias de enredo*, *zarzuelas*, *autos sacramentales* y *entremeses*.

ESPECIES MÁS APLAUDIDAS DEL TEATRO CALDERONIANO. — Los entremeses calderonianos tienen más gracia de lo que podía esperarse de la seriedad de Calderón y del poco vuelo que suele dar en sus otras obras a la parte cómica. Diríase que le repugna poner la dignidad de sus personajes al borde del ridículo, y sólo acierta a ser cómico una vez que concibe tipos sin dignidad. Por eso Juan Rana y sus compañeros forman un retablillo cómico verdaderamente divertido, y quedan al margen de las obras serias. *El desafío de Juan Rana*, *La cueva de Salamanca*, *La casa de los lnajes*, son entremeses muy divertidos que resisten al tiempo y a la crítica del siglo XVIII, permaneciendo victoriosos en la escena, cuando más olvidado estaba Calderón en sus otros géneros.

La verdadera originalidad de Calderón estriba en el impulso que dio a la zarzuela o comedia palaciana, creación suya como género independiente.

La pieza representable con cantables intercalados era tan antigua como nuestro teatro, que desde su origen admitió ampliamente la colaboración de la música; pero la zarzuela calderoniana es la obra literario-musical en que la representación tiene mayor importancia que la literatura. El influjo artístico de Italia de-

termina los progresos del drama musical español. Calderón define las composiciones de este tipo en *El laurel de Apolo*:

*No es comedia, sino sólo — una fábula pequeña,
en que, a imitación de Italia, — se canta y se representa.*

Tomaron su nombre estas piecicillas del lugar donde se representaban: el Palacio de la Zarzuela, a corta distancia de Madrid, en un coto bien abastecido de caza, saludable y grato. Edificó el Palacio el Cardenal Infante Don Fernando, Gobernador de Flandes, y luego Felipe IV, su hermano, adquirió la propiedad. Adornaban el Palacio bellas pinturas y un regio Coliseo que rivalizaba con el del Buen Retiro en esplendor cortesano. La primera representación que tuvo lugar en la casa de campo de la Zarzuela fue *El jardín de Falerina* (1628), letra de Don Pedro Calderón de la Barca y música de Juan Risco, compositor que alcanzó gran fama en este género de representaciones. La factuosidad de la comedia palaciana exigía traer de Italia famosos ingenieros, con cuya colaboración se montaron lujosamente estas obritas. El número de jornadas variaba, o sea que estas piezas no estaban sujetas a la rigurosa división tripartita de las comedias de la Edad de Oro. *Los tres mayores prodigos* y *Hado y divisa* mantienen la división en tres actos, pero *El jardín de Falerina* y el *Laurel de Apolo* constan de dos y *La púrpura de la rosa* de uno solamente.

Otro de los géneros en que podemos calificar a Don Pedro Calderón de único es el auto sacramental. Habían tenido ya su primer período de apogeo en la época de Lope, mas no adquirieron su plenitud hasta este momento. Los autos sacramentales se denominan así porque son piezas dramáticas en un solo "auto" o acto, que explican y ensalzan la doctrina de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La teología expone sus conceptos más abstractos en el auto sacramental, mediante representaciones sensibles. Para que el público comprenda aquellos conceptos, se usa y abusa del símbolo, y, a menudo, de la alegoría, más cómoda, aunque más pedestre. Calderón mismo se alaba de haber hecho frecuentes personificaciones alegóricas, y hace referencia humorística a ellas, por boca de Clarín, en *La vida es sueño*:

*Y si humildad ni soberbia
no te obligan, personajes
que han movido y removido
mil autos sacramentales...*

Todas las ideas y todas las cosas son objeto de personificación en dichos autos: el Pensamiento del Rey Baltasar va y viene, inquieto como pájaro, buscando inútilmente algo que no encuentra, en figura de loco o bufón, ya lejos ya cerca de su dueño. La Vanidad y la Idolatría, en la misma *Cena de Baltasar*, están representadas por dos mujeres hermosas que asisten constantemente al Rey seduciéndole con sus halagos. En *La devoción de la Misa*, un mujer guerrera, alegoría de la secta de Mahoma, se niega a desarraigarse del suelo hispano, ponderando sus hazañas con el mismo vanidoso énfasis de las mujeres guerreas renacentistas que crearon Tasso y Ariosto. El Mundo, la Discreción, la Hermosura, la Ley de Gracia, figuran en *El gran teatro del mundo* y en otras varias. Los autos exigían tramoya complicada y lujosa y se asociaban en ellos la declamación, la música y el baile. El auto sacramental fue una variedad, españolísima, del drama sagrado o "a lo divino".

No podemos explicarnos hoy, al leer o contemplar las representaciones de autos sacramentales, que semejantes piezas hayan podido ser populares nunca. Y, sin embargo, lo fueron. Estaba ligada su representación a una festividad anual muy solemne, la del Corpus Christi, instituida en España en tiempos de Alfonso X, en el siglo XIII. Las representaciones de los autos se verificaban comúnmente al aire libre, en sitio público (la Plaza del Alcázar, la del Ayuntamiento), sobre magníficos carros triunfales y algún tablado adicional. Recuérdese el pasaje del *Quijote* en que el hidalgo manchego encuentra uno de estos carros, que se dirigía de un pueblo a otro con los representantes ya vestidos para el auto de *Las Cortes de la muerte*. Esto prueba que no sólo la Corte, sino escondidos pueblecillos gustaban de semejantes fiestas, y no podemos explicarnos tal popularidad sino pensando en lo muy arraigado del sentimiento religioso, en que lo principal de aquel espectáculo era la fe del pueblo español, y la emoción estética un aditamento.

Única en su género, porque realmente no tiene pareja ni forma grupo con ninguna otra obra de su autor, es *La vida es sueño*. Acerca del simbolismo de los personajes, especialmente del protagonista, se ha hablado tanto como para que no necesitemos insistir. Calderón volcó en Segismundo toda la melancolía de su alma, la lucha sublime del genio contra la mortalidad de nuestro destino terreno, y en el final expresó la reconciliación a que el genio mismo llega, cuando es cristiano, con ese destino que a toda gloria pone su fin, en la vida: no importa que ésta sea sueño, si pode-

mos despertar tranquilos en la otra. Los personajes pecan de retóricos, mas no importa, porque no buscamos en *La vida es sueño* absoluto realismo, y desde el monólogo de Segismundo comprendemos que son símbolos quienes hablan.

Calderón acierta a ser realista (tan genialmente como a ser filósofo) en *El Alcalde de Zalamea*, donde el asunto, el ambiente, los tipos, uno por uno, son exactas reproducciones de la vida. Pero no obstante, podríamos afirmar de un modo general que el realismo a Calderón no le interesa. O para expresarlo mejor: que sobre una sólida armazón realista construye las más idealistas de sus obras, del mismo modo que los arquitectos del barroco sobre la pétrea realidad de sus edificios volcaron toda la hojarasca de sus brillantes y exquisitas imaginaciones. Calderón es el único, entre nuestros dramaturgos de la Edad de Oro, que puede competir con Shakespeare, por el valor de sus creaciones humanas, por la fuerza de las pasiones y por la generalización representativa de los tipos. Segismundo no es un príncipe cualquiera, sino el hombre príncipe por derecho de nacimiento y heredero del Cielo, y siempre a riesgo de perderle por su humana condición. Crespo no es un padre, sino el padre por antonomasia que llora y suplica, y al fin se juega la vida en defensa de sus hijos. Isabel no es la simple víctima de una violación, moneda corriente en lances de guerra, sino la mujer representativa de su siglo, condenada a vivir sin más voluntad que la obediencia, inocente de un delito ajeno que mancha a la víctima, en vez de manchar exclusivamente al verdugo. Isabel tiene un aire de desamparo que, frente a la violencia del hombre de su época, tienen todas las mujeres anteriores al siglo XVIII: la mujer hasta el fin de la época clásica va de cautiverio en cautiverio, del padre y los hermanos, al marido, sin que su voluntad y sus naturales repugnancias cuenten para nada. La reacción natural de los seres oprimidos es hacerse arteros, sutiles, redomadamente embusteros. Hasta que Leandro Fernández de Moratín levante su voz en defensa del libre albedrío de las niñas, la hipocresía será arma única y magistralmente esgrimida por cierto, en manos de quienes saben muy bien que no pueden ser más que dos cosas: ídolos o esclavas.

La mujer, en el teatro calderoniano, es quien paga las heridas del pundonor y de la vanidad del hombre. Hubo comprensión de esta manifiesta injusticia por parte de algunos autores, como Quevedo, que en *Las zahurdas de Plutón* se queja de que por la honra se pase la doncella treinta años casada consigo misma, y por la honra la casada quite a su voluntad cuanto le pide. Los hombres

del teatro calderoniano también se quejan de la tiranía del honor, y nota Don Juan Valera que, si por esta tiranía no fuese, no habría dramas de celos, sino dramas de honor. Y estos conflictos se resuelven de espaldas a la conciencia, con el sacrificio de la que los provoca, sin importar nada que sea culpable o inocente. Con razón lamentaba la interesante Doña María de Zayas la triste condición de la mujer. Pero veamos la contrapartida: lo que hacen ellas para lograr sus gustos y caprichos; para que prevalezca su voluntad sobre la autoridad masculina. Y eso lo vemos en las comedias.

No fue Don Pedro Calderón de la Barca pintor de mujeres. Diríase que las conoce superficialmente. Y aún más; que no le interesan. Le interesa la rica complejidad psicológica del hombre. Y los tipos femeninos empiezan a valer, para él, en la medida en que se van aproximando en sus mentes a la mente masculina. Semíramis, *La hija del aire*, es una estilización de la mujer, y con razón la llama Valbuena Prat la contrafigura de Segismundo. Pero no hace falta recurrir a las creaciones trágicas o fantásticas para encontrar tipos en los que el autor se recrea, porque tiene cualidades de excepción en mente femenina. Esto le ocurre a Beatriz en la comedia *¿Cuál es mayor perfección?* Este proverbio dramático contrapone la mujer al uso, Angela, físicamente perfecta cuanto espiritualmente vacua, a su prima la mujer discreta y eficiente, la verdadera compañera del hombre en todos los tiempos. Para Lope la elección no hubiera sido dudosa, ya que en *La dama boba* vota en contra de la inteligencia femenina y se lamenta de la discreción de la tonta, porque, como dice Laurencio: "yo no te quería — para pedirte consejo". Calderón necesita mujeres más sabias, a veces verdaderamente complicadas, para ocuparse de ellas con interés. Por eso sus comedias de capa y espada resultan extraordinariamente frívolas, en comparación con el resto de su obra, y en ellas todo gira en torno a los lances apurados en que la dama enredadora se coloca y coloca a su galán. Pero analicemos este tipo de comedias, y especialmente *La dama duende*, con más detenimiento.

LA COMEDIA CALDERONIANA DE CAPA Y ESPADA. — Es innegable que Calderón utiliza en ella recursos propios. Que no se inspira en Lope y que, cuando coincide en los temas, con algún dramaturgo del ciclo anterior, difiere en la manera de realizarlos. Ante todo se percibe un dejo irónico, demostración de que el propio autor no toma en serio la trama: sin duda mira la comedia de enredo como un juguete, desde su altura intelectual. Los galanes

mismos y, sobre todo, los graciosos, insisten en lo repetido de las situaciones: al primer lance de la comedia ya han de esconderse en alacenas, bajo colgaduras y en otros sitios no menos inverosímiles. Los enredos, las tapadas y los desafíos son recursos preferidos de Calderón, y él mismo lo declara:

Es comedia de Don Pedro, — Calderón, donde ha de haber por fuerza, amante escondido — o rebozada mujer.

Como la menor apariencia de agravio debe borrarse con sangre, Calderón usa y abusa del duelo, y los conflictos que provoca la amistad, el parentesco y la devoción monárquica son constantes. La autoridad doméstica se ejerce tiránicamente por los maridos, padres y hermanos, y en el caso de *La dama duende* se ejerce con una viuda, que no por ello es libre y dueña de sus acciones, y que, como ella misma dice: "para cada susto tengo un hermano". Las ironías sobre sus propios recursos escénicos se multiplican en todas las comedias: los graciosos de *Antes que todo es mi dama* se disponen a reñir, y se arrepienten para hacer cosa "que sea nueva en los teatros". Hay alusiones de unas comedias en otras, dándolas, quizá orgullosamente, por muy conocidas del público. Pero lo que domina son las alusiones a la autoridad familiar de padres y hermanos:

*Que debe de ser comedia
sin duda, ésta, de Don Pedro
Calderón, que hermano o padre
siempre vienen a mal tiempo.*

A veces el enredo, en el que Calderón no es muy fuerte, se hace enojoso y pesado. En cambio, brillantan sus comedias las alusiones a sucesos contemporáneos, la galanura de la expresión, el considerable mérito de los trozos líricos, que intercala, el abundante idealismo, tan grato al vulgo, y el tributo decidido que paga a la moda gongorina, tan grato a su vez a los doctos.

ANÁLISIS DE "LA DAMA DUENDE". — *La dama duende* es una de estas filigranas intrascendentes en que una mujer llora. "porque enviudó de un marido, — con dos hermanos casada". La galantería quijotesca de aquellos tiempos obliga a un caballero desconocido a defenderla de su propio hermano, y así surge el primer lance de armas. Multiplíquense las casualidades, para hacer posible un enredo típico de Calderón y que se repite sustancialmente en *Casa con dos puertas*: el galán está hospedado en la propia casa de la dama, pero la costumbre de mantenerlas a ellas recluidas, como en gineceo, hace que él lo ignore. Una simple "ala-

cena de vidrios" separa los dos compartimentos, cosa que a la resuelta viudita no parece obstáculo de importancia, en lo cual viene a tener razón su segundo hermano: "que no ha puesto por defensa — de su honor más que unos vidrios, — que al primer golpe se quiebran".

El protagonista es femenino: la resuelta Angela que corretea tapada por la Plaza de Palacio, discreteando con los galanes, mientras asegura que estaba en su casa llorando. La desenvoltura de estas mujeres, aparentemente tan sujetas, favorece los lances de las comedias, pero nos da una escandalosa idea de las costumbres, puesto que prácticamente, al abrigo de los mantos, aquellas mujeres se atrevían a provocar al hombre mucho más abiertamente que hoy, y además con el picante cebo de lo desconocido.

Angela explica su actitud, al pasar al cuarto del galán, juzgándose con bastante indulgencia: "que para hacer sólo una — travesura dos mujeres — basta haberla imaginado". Pero si es grata la travesura, no resulta agradable que Angela mienta indirectamente para hacerle creer a Don Manuel que es una gran dama, con título de excelencia. No está fuera de la psicología femenina este ardid; pero le resta simpatía a la interesada, porque la vemos apelar a un expediente burdo para atraer a Don Manuel: el despertar su vanidad y su codicia. Por lo demás, la mujer tenía entonces harto tiempo para el ocio, mal consejero, pues los trabajos manuales se encomendaban a criadas y el cultivo del espíritu se consideraba impropio de ellas. Doña Angela toma desde el principio la iniciativa, y al final confiesa su amor por Don Manuel paladinamente. En su confesión, aunque desenvuelta, se muestra a mejor altura moral que en sus tretas.

Ellos eran valientes y enamoradizos, y Don Manuel hace honor a lo uno y a lo otro, aceptando fácilmente el compromiso de defender a una desconocida, y con no menos naturalidad el de casarse con ella. Si nuestros clásicos hubiesen tenido profundidad psicológica en lo que a la mujer respecta, no habrían multiplicado tantos los matrimonios en la escena, porque estas enredadorcillas que se casan por casar en el último acto, no ofrecen semilla de paz en sus futuros hogares, sino de nuevo enredos, mentiras e hipocresías. Pero si no se entretuvieron en pintarnos al desnudo sus almas, al menos saben hacérsolas tan simpáticas que les perdonamos fácilmente su desenvoltura, y más que por peligrosas, acabamos por tacharlas de embusterillas y trapalonas. Eso es *La dama duende*; una viudita a quien pesan las tocas, a quien gusta el charlar y ver gente, ostentar galas y lucir en público. Y estos

defectos son tan femeninos y tan de todos los tiempos, que no podemos menos de considerar desproporcionado el castigo de amenazas de muerte y espadas desnudas que se cierne sobre ellos para el delito de haber olvidado lo que hay de moruno en nuestras costumbres.

Manifiéstase la originalidad de Calderón en ese idilio tranquilo de Don Juan y Doña Beatriz. No es frecuente en nuestras comedias clásicas un amor tan sin nubes, con ausencia de celos y mutua seguridad tranquila; pero creemos que era frecuente, en la vida de entonces, porque el remanso del gineceo no siempre provocaría ansias de aventuras, sino también deseo de adormecerse en la seguridad y el bienestar. Beatriz tiene el alma llena de paz, en contraposición al desasosiego de Angela. Se advierte y ayuda a ésta; pero acoge siempre con placer las interrupciones de su amante, con el que mantiene ese tierno coloquio de la segunda jornada, que siendo una página de amor al uso, trasciende de ella la dulce serenidad de un amor compartido, lleno de cortesana galantería y de aristocrática delicadeza.

El realismo, en la obra, se circunscribe al criado: sus miedos, su borrachera, la sisa metida en la bolsa, etc. Algunos pasajes desmienten nuestra afirmación de que lo cómico no era el fuerte de Don Pedro: véase aquel momento en que Isabel va siguiéndole a Cosme en el registro del cuarto, siempre a su espalda, para que no le descubra. Y aquellos en que, amo y criado, enloquecen buscando el lugar por donde el duende entra y sale en el cuarto. Y, sobre todo, el que mantienen a oscuras Don Manuel y Cosme sin conocerse.

En esta obra el espectador tiene que empezar poniéndose en situación, concediendo el equívoco de la alacena, merced al cual le hacen pasar muy buenos ratos. El cuento del pastor que ante las damas narra Cosme en la última jornada, es la prueba de que, en el mayor idealismo de que es capaz nuestra literatura, se introducen venas y ramalazos que no desmienten el abolengo de las *Celestina* y los *Sempronios*.

El papel masculino principal es Don Luis. Y Don Luis (nueva originalidad de Calderón) es el galán sin pareja. No hay más que un esbozo psicológico en el personaje: un hombre reflexivo, serio, suspicaz y valiente, o sea que con excelentes prendas morales no resulta simpático. Esto explica que Beatriz haya preferido a su hermano. Pero no quita que Don Luis sea el representante del pondonor en la obra; y el pondonor hizo célebre en el mundo el teatro calderoniano; y el teatro calderoniano elevó a categoría de símbolo el pondonor español.

NUESTRA EDICION

Reproducimos en la presente edición la que se inserta en la Primera Parte de *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*, en Madrid, 1640. Este tomo, edición no muy escrupulosa de los manuscritos originales, comprende: *La vida es sueño*, *Casa con dos puertas*, *El Purgatorio de San Patricio*, *La gran Cenobia*, *La devoción de la Cruz*, *La puente de Mantible*, *Saber del mal y del bien*, *Lances de Amor y Fortuna*, *La dama duende*, *Peor está que estaba*, *El sitio de Breda* y *El Príncipe Constante*.

Tiene esta primera edición de *La dama duende* algunas anotaciones marginales, con letra de la época, que no afectan al texto, sino a la representación.

La edición de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, en la Biblioteca de Autores Españoles, reproduce este mismo texto que nosotros utilizamos, con algunas enmiendas hechas en vista del manuscrito y con la escrupulosidad y detenimiento que caracteriza todas las ediciones de Don Juan Eugenio. La edición de Menéndez y Pelayo de "Clásicos Castellanos", en su comienzo al menos, no parece tan seria, bien por haberse confiado la copia a algún discípulo poco escrupuloso, bien por defecto de la impresión misma, pues parece errata de imprenta en el primer verso de la jornada primera, la falta de apócope en "Por una hora no llegamos", cuando está bien claro que debe decir, según la época y la armonía métrica, "Por un hora no llegamos", que es lo que dicen la edición príncipe y la de Hartzenbusch.

Tratándose de una edición destinada a la vulgarización y al público escolar, especialmente, prescindimos del cotejo de las diferentes ediciones y manuscritos, tarea enojosa al público que busca en la lectura entretenimiento, y ciertamente estéril cuando lo que se busca no es la mejor lección, sino el alarde de minuciosidad.

En la página bibliográfica damos para los estudiosos una reseña de las ediciones de *La dama duende*.

ADVERTENCIA. — En la edición de 1640 no hay divisiones en jornadas y escenas, que aparecen, sin embargo, en las de Hartzenbusch y Menéndez Pelayo. Tampoco hay indicaciones de lugar; pero como estas últimas son tan necesarias para la buena comprensión del texto, sobre todo por el público escolar, reproducimos las que dio Hartzenbusch. En cambio, no respetamos sus divisiones escénicas porque distraen al lector y se rechazan actualmente en casi todas las ediciones modernas de obras dramáticas.



BIBLIOGRAFIA

EDICIONES

Biblioteca Nacional: Manuscrito número 17332. Otro manuscrito: 16662.

Primera — Parte — de — *Comedias* — de — Don Pedro Calderón — de la Barca. — Recogidas por don Joseph Calderón — de la Barca, su hermano. — Al Excelentísimo Señor Don Bernardino Fernández de Velasco y Tobar, Condestable de Castilla, Duque de la ciudad de Frías, Conde de Haro, etc. — Año 1640. — Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Juan Sánchez. A costa de Gabriel de León mercader de libros. Signatura: R/12588. (Ejemplar que fue de Gayangos, hoy en la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional).

Primera parte de *Comedias*, etc. Edición de Vera Tassis, Madrid, 1682. — Hizo una curiosa refundición de esta obra Don José Fernández Guerra. Impresa en Málaga, 1826.

Pertenece la concepción y realización de *La dama duende* a la primera época de Calderón. Es contemporánea de la hermosa *Devoción de la Cruz*. Probablemente su redacción corresponde a la fecha del primero de los manuscritos de la Biblioteca Nacional.

ESTUDIOS

Menéndez y Pelayo. — *Calderón y su teatro*. Madrid, 1881.

Schack. — *Historia de la literatura y del arte dramático en España*. Madrid, 1887.

Cotarelo, E. — *Ensayo sobre la vida y las obras de Don Pedro Calderón de la Barca*. Madrid, 1924.

Valbuena Prat, A. — *Calderón*. Barcelona, 1941.

TRADUCCIONES DE "LA DAMA DUENDE"

D'Ouville. — *L'Esprit follet, ou la Dame invisible* (1642).

Corneille, Thomas. — *La Dame invisible, ou l'Esprit follet* (1684).

Aunque la bibliografía de Calderón es copiosa, sobre las comedias de *capa y espada*, es pobrísima, y sobre *La dama duende*, nula.

Memoria de las apariencias que se en de hacer en los carros
para la representación de los autos de este año de 1790

El primer carro del auto intitulado: Segundo Blafon del Rey
a des en monte en figura de un y escabrido: este a detener
su vida hasta su muerte con peñales en dos dias por donde ande
por personas, las quales en llegando a la eminencia ande
abran en cuya lumbre sea de un dia la una trayendole tray si los
byndores del monte y la subida de fue, que queda la otra de am-
parada en lo muy alto sin que me dia para la bajada y a su to-
ante se ha de los dos lados del monte Don anjely y gonty conde en de
bajar al tablado como trayendole en el ayre: =

El segundo carro que sera tambien fabrica de al adentro en lo bajo
del tablado una figura en que a de subir en el bacion una persona
hasta el segundo grado y por de tray de otra un arbol de plantado vien
adornado de Ramas y hojas y entre ellos unos ovalos en que se
pintados por medio de cuerdas hasta dos de arriba de Rey y de gonzalez
con unos lugares en medio y se les de un afo to = en el de mate
de que arbol a de arbor un tarjeton mayor que los otros en que se
pintado en que se adornado un folio, todo esto a de ayndose de los
por donde viene y la silla a fulgor como se muestra

El tercer carro a des un conador en parado con todos los adornos del
jardin y en medio a detener una fuente en que por elevacion a de aparecer
un niño por de mate de ella: =

El quarto carro a de ser la fabrica de un templo con su media naranja
y su linterna. e i que se ha de hacer de dentro con altar con os tra
y de la concha a cada lado y a de ser de dentro de la concha de dentro

Don Pedro Calderon
de la Barca

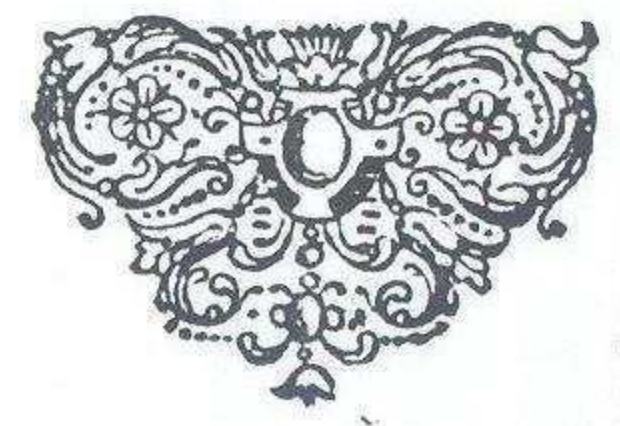
Autógrafo de CALDERÓN DE LA BARCA
(Archivo del Ayuntamiento de Madrid)

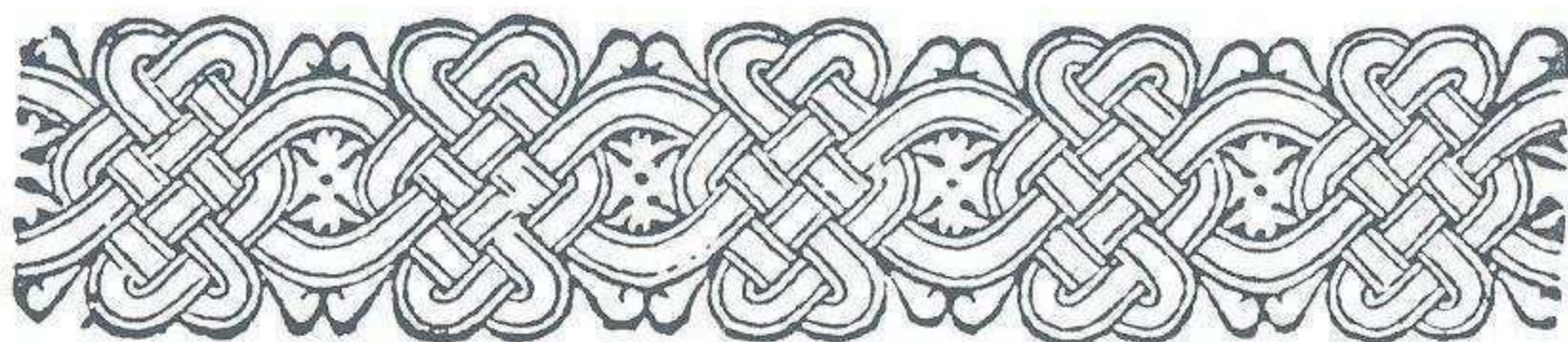


COMEDIA FAMOSA
DE
LA DAMA DUENDE
DE
DON PEDRO CALDERON
DE LA BARCA

PERSONAJES QUE HABLAN EN ELLA

- | | |
|------------------|------------------|
| DON MANUEL. | DOÑA BEATRIZ. |
| DON LUIS. | ISABEL, criada. |
| DON JUAN. | CLARA, criada. |
| COSME, gracioso. | RODRIGO, criado. |
| DOÑA ANGELA. | Criados. |





LA DAMA DUENDE

JORNADA PRIMERA

*Calle**Salen DON MANUEL y COSME, de camino*

D. MANUEL. Por un hora¹ no llegamos
a tiempo de ver las fiestas,
con que Madrid generosa
hoy el bautismo celebra
del primero Baltasar².

COSME. Cómo esas cosas se aciertan, 5
o se yerran por un hora,
por un hora que fiera
antes Píramo a la fuente³.
no hallara a su Tisbe muerta. 10
Y las moras no mancharan,
porque dicen los poetas

1 Apócope del artículo indefinido o indeterminado ante palabra femenina que empieza por *h*, al contrario que en la actualidad.

2 El Príncipe Don Baltasar Carlos, malogrado heredero de Felipe IV y de su primera esposa, Doña Isabel de Borbón (1629-46).

3 Alude a la tragedia de Píramo y Tisbe, dos enamorados. Calderón falta a la verdad mitológica por la necesidad de sintetizar en el verso. Píramo no encontró muerta a Tisbe, sino que, por haberla creído muerta, se mató él, ante el engañoso indicio de un velo ensangrentado. Góngora en versos humorísticos, lo refiere también.

que con arrope de moras
se escribió aquella tragedia. 15
Por un hora que tardara
Tarquino⁴, hallara a Lucrecia
recogida, con lo cual
los autores no anduvieran,
sin ser vicarios⁵, llevando
a salas de competencias 20
la causa, sobre saber
si hizo fuerza, o no hizo fuerza.
Por un hora que pensara
si era bien hecho o no era,
echarse Hero⁶ de la torre, 25
no se echara, es cosa cierta;
con que se hubiese excusado
el Doctor Mira de Mescua
de haber dado a los teatros
tan bien escrita comedia, 30
y haberla representado
Amarilis, tan de veras,
que volatín del Carnal⁷
(si otros son de la cuaresma),
sacó más de alguna vez 35
las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
por un hora tan gran fiesta,

4 El hijo de Tarquino, el Soberbio, forzador de la casta Lucrecia y motivo ocasional de todo un cambio político en la antigua Roma.

5 *Vicario*, juez eclesiástico. Usábase no poco sacar por el Vicario, de su casa, a tal o cual damita que quisiera casarse impidiéndoselo la familia.

6 No podía faltar, habiendo citado a Píramo, el sacar a relucir a Leandro y su amada. Trátase de otra pareja, habitantes en opuestas orillas del Helesponto (hoy estrecho de los Dardanelos). Leandro, el galán, pasaba a nado el estrecho por ver y hablar a Hero; pero cierta noche de tempestad se ahogó el obsequioso mancebo, y ella, digna precursora de nuestra Melibea, despeñóse de una torre.

7 *Carnal* o *Carnaval*, Carnestolendas. Fiesta pagana cuyo origen se ha discutido mucho, así como la etimología de su nombre.

no por un hora perdamos
la posada, que si llega 40
tarde Abindarráez⁸ es ley
que haya de quedarse afuera;
y estoy rabiando por ver
este amigo que te espera,
como si fueras galán 45
al uso, con cama y mesa,
sin saber cómo o por dónde
tan grande dicha nos venga;
pues sin ser los dos torneos,
hoy a los dos nos sustenta⁹. 50

D. MANUEL. Don Juan de Toledo es, Cosme,
el hombre que más profesa
mi amistad, siendo los dos
envidia, ya que no afrenta.
de cuantos la antigüedad 55
por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos,
y pasando de las letras
a las armas, los dos fuimos
camaradas en la guerra: 60
en la de Piamonte, cuando
el señor duque de Feria
con la gineta me honró,
le di, Cosme, mi bandera:
fue mi alférez, y después, 65
sacando de una refriega
una penetrante herida,
le curé en mi cama misma:
la vida, después de Dios,
me debe; dexo otras deudas 70
de menores intereses,
que entre nobles es bajeza
referirlas, pues por eso

pintó la docta Academia
al galardón, una dama 75
rica, y las espaldas vueltas
dando a entender que, en haciendo
el beneficio, es discreta
acción olvidarse dél,
que no le hace el que le acuerda. 80
En fin, Don Juan, obligado
de amistades y finezas,
viendo que Su Majestad
con este gobierno premia
mis servicios, y que vengo 85
de paso a la Corte, intenta
hoy hospedarme en su casa
por pagarme con las mismas;
y aunque a Burgos me escribió
de casa y calle las señas, 90
no quise andar preguntando
a caballo dónde era;
y así dejé en la posada
las mulas y las maletas.
Yendo hacia donde me dice, 95
vi las galas y libreas,
e informando de la causa,
quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde en efeto,
porque...

8 Protagonista de la novelita titulada *Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa*, impresa en el *Inventario* de Antonio de Villegas, 1565.

9 Sustentador o mantenedor de un torneo es quien defiende el campo, como lo hizo Don Suero de Quiñones en la Puente de Orbigo. Hay un equívoco establecido por la doble significación del verbo sustentar.

Salen DOÑA ANGELA¹⁰ y ISABEL, en corto¹¹, tapadas¹²

D.^a ANGELA. Si, como lo muestra 100
el traje, sois caballero
de obligaciones y prendas,
amparad a una mujer
que a valerse de vos llega.
Honor y vida me importa 105
que aquel hidalgo no sepa
quién soy, y que no me siga:
estorbad, por vida vuestra,
a una mujer principal
una desdicha, una afrenta, 110
que podrá ser que algún día...
Adiós, adiós, que estoy muerta.

(Vanse las dos muy aprisa.)

COSME. ¿Es dama, o es torbellino?
D. MANUEL. ¿Hay tal suceso?
COSME. ¿Qué piensas
hacer?
D. MANUEL. ¿Eso me preguntas? 115
¿Cómo puede mi nobleza
excusarse de estorbar
una desdicha, una afrenta?
Que, según muestra, sin duda
es su marido.
COSME. ¿Y qué intentas? 120
D. MANUEL. Detenerle con alguna

¹⁰ La edición príncipe dice y Isabel, pero Calderón no cambia nunca la conjunción disyuntiva y por e.

¹¹ Dice que la señora y la criada van en corto, porque llevaban faldas que no cubrían totalmente los chapines. Lope, en *El acero de Madrid*, describe así a Belisa y Teodora: «con sombreros de plumas y las ropas levantadas, al uso de Madrid».

¹² «Tapada» se decía a la mujer cubierta con el manto que daba uniformidad a su indumentaria y le hacía pasar desapercibida. Los mantos, eran, a veces, muy ricos: de tafetán bordado de humo y de soplillo; aun más rico y costoso, este último se usaba por lujo y gala, puesto que era transparente.

industria; mas, si con ella
no puedo, será forzoso
el valerme de la fuerza,
sin que él entienda la causa. 125
COSME. Si industria buscas, espera,
que a mí se me ofrece una:
esta carta, que encomienda¹³
es de un amigo, me valga.

Salen DON LUIS y RODRIGO, criado

D. LUIS. Yo tengo de conocerla, 130
no más de por el cuidado
con que de mí se recela.
RODRIGO. Síguela y sabrás quién es.

(Llega Cosme y retírase Don Manuel.)

COSME. Señor, aunque con vergüenza 135
llego, vuesaced me haga
tan gran merced, que me lea
a quien esta carta dice,
D. LUIS. No voy agora con flema.
(Detiéndele.)

COSME. Pues si flema sólo os falta, 140
yo tengo cantidad de ella,
y podré partir con vos
Apartad.
D. LUIS. ¡Oh, qué derecha
D. MANUEL. es la calle; aun no se pierden
(Aparte.) de vista!

COSME. Por vida vuestra... 145
D. LUIS. ¡Vive Dios, que sois pesado,
y os romperé la cabeza,
si mucho me hacéis...!

COSME. Por eso
os haré poco.

¹³ Que un amigo se la había encomendado.

- esa bizzarría y gentileza¹⁷;
pero si de mí, por dicha,
algún escrúpulo os queda,
me hallaréis donde quisiéreis.
- D. LUIS. Norabuena.
- D. MANUEL. Norabuena. 200
- D. JUAN. ¿Qué es lo que miro y escucho?
¿Don Manuel!
- D. MANUEL. ¡Don Juan!
- D. JUAN. Suspensa
el alma no determina
qué hacer, cuando considera
un hermano y un amigo 205
(que es lo mismo) en diferencia
tal, y hasta saber la causa,
cuidaré.
- D. LUIS. La causa es esta:
volver por ese criado
este caballero intenta, 210
que necio me ocasionó
a hablarle mal: todo cesa
con esto.
- D. JUAN. Pues siendo así,
cortés me darás licencia,
para que llegue a abrazarte. 215
El noble huésped que espera
nuestra casa es, el señor
Don Manuel. Hermano, llega,
que dos que han reñido iguales. 220
desde aquel instante quedan
más amigos; pues ya hicieron
de su valor experiencia.
Dadme los brazos.
- D. MANUEL. Primero
que a vos os los dé, me lleva

17 Verso mal medido. Sobra la sílaba del pronombre. Está corregido en las ediciones de Hartzenbuch y Menéndez y Pelayo.

- el valor que he visto en él, 225
a que al servicio me ofrezca
del señor Don Luis.
- D. LUIS. Yo soy
vuestro amigo, y ya me pesa
de no haberos conocido
pues vuestro valor pudiera 230
haberme informado.
- D. MANUEL. El vuestro
escarmentado me deja;
una herida en esta mano
he sacado.
- D. LUIS. Más' quisiera
tenerla mil veces yo. 235
- COSME. ¡Qué cortesana pendencia!
- D. JUAN. ¿Herida? Vení a curaros!¹⁸
Tú, Don Luis, aquí te queda
hasta que tome su coche
Doña Beatriz, que me espera: 240
y desta descortesía
me disculparás con ella.
Venid, señor, a mi casa,
mejor dijera a la vuestra,
donde os curéis.
- D. MANUEL. ¡Que no es nada! 245
- D. JUAN. Venid presto.
- D. MANUEL. ¡Qué tristeza
(Aparte.) me ha dado que me reciba
con sangre Madrid!
- D. LUIS. ¡Qué pena
(Aparte.) tengo de no haber podido
saber qué dama es aquélla! 250
- COSME. ¡Qué bien merecido tiene
(Aparte.) mi amo lo que se lleva.

18 Vení, imperativo apocopado.

porque no se meta a ser
Don Quijote de la legua!¹⁹

(*Vanse los tres y llega Don Luis a Doña Beatriz, que está aparte.*)

[RODRIGO y CLARA]

D. LUIS. Ya la tormenta pasó. 255
Otra vez, señora, vuelva
a restituir las flores,
que agora marchita y seca,
de vuestra hermosura el hielo
de un desmayo²⁰.

D.^a BEATRIZ. ¿Dónde queda 260
Don Juan?

D. LUIS. ¡Qué le perdonéis
os pide, porque le llevan
forzosas obligaciones,
y el cuidar con diligencia
de la salud de un amigo 265
que va herido.

D.^a BEATRIZ. ¡Ay de mí! ¡Muerta
estoy! ¿Es Don Juan?

D. LUIS. Señora
no es Don Juan; que no estuviera,
estando herido mi hermano
yo con tan grande paciencia. 270
No os asustéis, que no es justo
que sin que él la herida tenga,
tengamos entre los dos,
yo el dolor y vos la pena:
digo dolor, el de veros 275
tan postrada, tan sujeta

a un pesar imaginado,
que hiere con mayor fuerza.

D.^a BEATRIZ. Señor Don Luis, ya sabéis 280
que estimo vuestras finezas,
supuesto que lo merecen
por amorosas y vuestras;
pero no puedo pagarlas,
que eso han de hacer las estrellas,
y no hay de lo que no hacen 285
quien las tome residencia²¹.
Si lo que menos se halla
es hoy lo que más se precia
en la Corte, agradeced
el desengaño²², siquiera. 290
por ser cosa que se halla
con dificultad en ella.
Quedad con Dios.

(*Vase con su criada.*)

D. LUIS. Id con Dios.
No hay acción que me suceda
bien, Rodrigo. Si una dama 295
veo airosa, y conocerla
solicito, me detiene
un necio y una pendencia;
que no sé cuál es peor.
Si riño y mi hermano llega, 300
es mi enemigo su amigo.
Si por disculpa me deja
de una dama, es una dama
que mil pesares me cuesta:
de suerte que una tapada 305
me huye: un necio me atormenta;
un forastero me mata;
y un hermano me la lleva

¹⁹ Un Don Quijote de menor cuantía, como hoy se dice «un cómico de la legua», al que va de pueblo en pueblo o al que vale poco simplemente.

²⁰ Hay un hipérbaton muy fuerte: el hielo de un desmayo tiene marchitas y secas las flores de la hermosura de Doña Beatriz, que debe volver a restituir las, en su lugar, pasada la tormenta.

²¹ Acción de residenciar, que equivale a tomar o pedir cuenta a alguien de su conducta.

²² Está tomado en la acepción contraria a engaño, siendo este último de lo que más se usa en la Corte.

36 — CALDERON DE LA BARCA

- a ser mi huésped a casa,
y otra dama me desprecia.
De mal anda mi fortuna. 310
- RODRIGO. Que de todas esas penas,
¿qué sé la que sientes más?
- D. LUIS. No sabes.
- RODRIGO. Que la que llegas
a sentir más, son los celos 315
de tu hermano y Beatriz bella.
Engañaste.
- D. LUIS. Pues ¿cuál es?
- RODRIGO. Si tengo de hablar de veras
(de ti sólo me fiara), 320
lo que más siento es que sea
mi hermano tan poco atento²³,
que llevar a casa quiera
un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
viuda y moza, y, como sabes, 325
tan de secreto, que apenas,
sabe el sol que vive en casa;
porque, Beatriz, por ser deuda,
solamente la visita.
- RODRIGO. Ya sé que su esposo era
administrador en puertos 330
de mar, de unas reales rentas
y quedó debiendo al Rey
grande cantidad de hacienda,
y ella a la Corte se vino 335
de secreto, donde intenta,
escondida y retirada,
componer mejor sus deudas:
y esto disculpa a tu hermano;
pues, si mejor consideras 340

- que su estado no le da
ni permisión ni licencia
de que nadie la visite,
y que, aunque tu huésped sea 345
Don Manuel, no ha de saber
que en casa, señor, se encierra
tal mujer, ¿qué inconveniente
hay en admitirle en ella?
Y más habiendo tenido 350
tal recato y advertencia,
que para su cuarto, ha dado
por otra calle la puerta,
y la que falta a la casa,
por desmentir la sospecha,
de que el cuidado la había 355
cerrado, o porque pudiera
con facilidad abrirse
otra vez, fabricó en ella
una alacena de vidrios,
labrada de tal manera, 360
que parece que jamás
en tal parte ha habido puerta.
¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
darme muerte, pues ya dices 365
que no ha puesto por defensa
de su honor más que unos vidrios,
que al primer golpe se quiebran.

(Vanse.)

*Habitación de Doña Angela en casa de Don Juan²⁴**Salen DOÑA ANGELA y ISABEL*

- D.^a ANGELA. Vuélveme a dar Isabel
esas tocas (¡pena esquiva!) 370

²³ *Atento*, el que tiene fija la atención. Quiere decir que no se da cuenta, que no atiende a guardar a su hermana, bella, viuda y moza.

²⁴ A pesar de esta indicación de lugar, en los textos de Hartzenbuch y Menéndez Pelayo en el diálogo no se habla sino de un jardín.

Vuelve a amortajarme viva,
va que mi suerte cruel
lo quisiere así.

ISABEL. Toma presto,
porque si tu hermano viene,
y alguna sospecha tiene, 375
no la confirme con esto,
de hallarte desta manera
que hoy en Palacio te vio.

D.^a ANGELA. ¡Válgame el cielo! Que yo
entre dos paredes muera, 380
donde apenas el sol sabe
quién soy, pues la pena mía
en el término del día
ni se contiene, ni cabe.

Donde inconstante la luna, 385
que aprende influjos²⁵ de mí,
no puede decir: «Yo vi
que lloraba su fortuna».

Donde en efeto, encerrada 390
sin libertad he vivido,
porqué enviudé de un marido
con dos hermanos casada.

Y luego, delito sea,
sin que toque en liviandad, 395
depuesta la autoridad
ir donde tapada vea
un teatro en quien la fama.
para su aplauso inmortal,
con acentos de metal²⁶
a voces de bronce llama, 400

ISABEL. Señora, no tiene duda
de que mirándote viuda,

²⁵ *Influjos*, mudanzas o cambios de fortuna.

²⁶ Se refiere a la Plaza de Palacio, donde estaba el palenque, teatro de hazañas que pedían ser esculpidas en bronce por las bocas de los clarines que las pregonaban.

tan moza, bizarra y bella, 405
tus hermanos cuidadosos
te celen²⁷; porque este estado
es el más ocasionado
a delitos amorosos;

a más en la Corte hoy, 410
donde se han dado en usar
unas viuditas de azahar²⁸,
que al cielo mil gracias doy
cuando en la calle las veo

tan honestas, tan fruncidas, 415
tan beatas y aturcidas;
y en quedándose en manteo²⁹,
es el mirarlas, contento;

pues sin toca y devoción,
saltan más a cualquier son, 420
que una pelota de viento.

Y este discurso doblado³⁰
para otro tiempo, señora,
¿cómo no habemos ahora
en el forastero hablado, 425
a quien tu honor encargaste,
y tu galán hoy hiciste?

D.^a ANGELA. Parece que me leiste
el alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
no por él, sino por mí; 430
porque después, cuando oí
de las cuchilladas ruido,
me puse (mas son quimeras),

²⁷ En segunda acepción observar o vigilar.

²⁸ Aun se dice, en algunas regiones, que «es de olor» la persona de cuidado. En el mismo sentido se emplea aquí el «ser de azahar».

²⁹ *Manteo*; hoy es la capa que usan los eclesiásticos y también era la que llevaban los estudiantes, de la cual proviene aquella; pero aquí se refiere a la falda, de tela rica, a pesar de que se usaba bajo las vasquiñas y sayas.

³⁰ Como hoy «doblemos la hoja»; pasemos a otro asunto.

Isabel, a imaginar
que él había de tomar 435
mi disgusto tan de veras,
que había de sacar la espada
en mi defensa. Yo fui
necia en empeñarle así;
mas una mujer turbada 440
¿qué mira o qué considera?
Yo no sé si lo estorbó;
mas sé que no nos siguió
tu hermano más.

ISABEL.

D.^a ANGELA. Oye, espera.
Sale DON LUIS

D. LUIS. ¡Angela!

D.^a ANGELA. ¡Hermano y señor! 445
Turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido, qué tienes?
D. LUIS. Harto tengo, tengo honor.
D.^a ANGELA. ¡Ay de mí! Sin duda es 450
(Aparte.) que Don Luis me conoció.
D. LUIS. Y así siento mucho yo
que te estimen poco.

D.^a ANGELA. Pues
¿has tenido algún disgusto?

D. LUIS. Lo peor es que cuando vengo 455
a verte, el disgusto tengo
que tuve, Angela.

ISABEL. (Aparte.) ¿Otro susto?

D.^a ANGELA. Pues yo, ¿en qué te puedo dar,
hermano, disgusto? Advierte...

D. LUIS. Tú eres la causa; y el verte...

D.^a ANGELA. ¡Ay de mí!

D. LUIS. Angela, estimar 460
tan poco de nuestro hermano.

D.^a ANGELA. Eso sí.

D. LUIS. Pues cuando vienes

con los disgustos que tienes,
cuidados te dé. No en vano 465
el enojo que tenía
con él, el huésped pagó;
pues sin conocerle yo,
hoy le he herido, en profecía.
Pues ¿cómo fue?

D.^a ANGELA. Entré en la plaza 470
D. LUIS. de Palacio, hermana, a pie,
hasta el palenque; porque
toda la desembaraza
de coches y caballeros
la guarda. A un corro me fui 475
de amigos, adonde vi
que alegres y lisonjeros
los tenía una tapada,
a quien todos celebraron
lo que dijo y alabaron 480
de entendida y sazónada³¹.
Desde el punto que llegué,
otra palabra no habló,
tanto que a alguno obligó
a preguntarla por qué, 485
porque yo llegaba, había
con tanto extremo callado.
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocía,
y no pude; porque ella 490
le puso más en taparse,
en esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella,
seguirla determiné:
ella siempre atrás volvía 495
a ver si yo la seguía.

³¹ Las damas correteaban, al amparo de los mantos, por la Puerta de Guadalajara haciendo sus compras, porque allí se vendían los famosos terciopelos de Milán, los pasamanos rizos, de que se guarnecían los trajes, los guantes perfumados de ámbar, etc.

- cuyo gran cuidado fue
espuela de mi cuidado³².
Yendo desta suerte, pues,
llegó un hidalgo, que es
de nuestro huésped criado, 500
a decir que le leyese
una carta; respondí
que iba depriesa, y creí
que detenerme quisiere
con este intento, porque 505
la mujer le habló al pasar.
Y tanto dio en porfiar,
que le dixen³³ no sé qué.
Llegó en aquella ocasión,
en defensa del criado 510
nuestro huésped, muy soldado³⁴.
Sacamos en conclusión
las espadas. Todo es esto,
peró más pudiera ser.
- D.^a ANGELA. Miren la mala mujer 515
en qué ocasión te había puesto;
que hay mujeres tramoyeras...
Pondré que no conocía
quién eras, y que lo hacía 520
sólo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
de decir (si bien te acuerdas)
que mires que no te pierdas
por mujercillas, que no
saben más que aventurar 525
los hombres.

32 Metáfora: el cuidado de taparse, en la dama, espoleó al caballero, como el jinete lo hace materialmente con su caballo.

33 Pretérito fuerte etimológico: *rixi*.

34 *Soldado* aquí vale por bizarro, valiente.

35 Angela fabrica un adjetivo derivado de tramoya (enredo, en sentido figurado) con su sufijo de agente.

- D. LUIS. ¿En qué has pasado
la tarde?
- D.^a ANGELA. En casa me he estado,
entretenida en llorar.
- D. LUIS. ¿Hate³⁶ nuestro hermano visto?
- D.^a ANGELA. Desde esta mañana no 530
ha entrado aquí.
- D. LUIS. ¡Qué mal yo
estos descuidos resisto!
- D.^a ANGELA. Pues deja los sentimientos,
que al fin sufrirle es mejor;
que es nuestro hermano mayor 535
y comemos de alimentos³⁷.
- D. LUIS. Si tú estás tan consolada,
yo también; que yo por ti
lo sentía. Y porque así
veas no dárseme nada, 540
a verle voy, y aun con él,
haré una galantería.
- (Vase.)
- ISABEL. ¿Qué dirás, señora mía,
después del susto cruel,
de lo que en casa nos pasa? 545
Pues el que hoy ha defendido
tu vida, huésped y herido
le tienes dentro de casa.
- D.^a ANGELA. Yo, Isabel, lo sospeché
cuando de mí hermano oí 550
la pendencia, y cuando vi
que el herido el huésped fue.
Pero aun bien nó lo he creído;
porque caso extraño fuera
que un hombre en Madrid viniera, 555

36 Aunque hoy no se usan apenas las formas del complemento en el pronombre personal, encílicas y sufijas, en preposición interrogativa, aquí lo exigen la época y el verso.

37 Don Juan era el mayorazgo. Sus hermanos vivían de la generosidad conque éste había fijado sus alimentos.

- y hallase recién venido
una dama que rogase
que su vida defendiese,
un hermano que le hiriese
y otro que le aposentase. 560
Fuera notable suceso,
y aunque todo puede ser,
no lo tengo de creer
sin vello.
- ISABEL. Y si para eso
te dispones, yo bien sé
por dónde valle podrás,
y aun más que velle. 565
- D.^a ANGELA. Tú estás
loca. ¿Cómo, si se ve
de mi cuarto tan distante,
el suyo? 570
- ISABEL. Parte hay por donde
este cuarto corresponde
al otro. Eso no te espante. 575
- D.^a ANGELA. No porque verlo deseo
sino sólo por saber...
dime, ¿cómo puede ser?
que lo escucho y no lo creo. 580
- ISABEL. ¿No has oído que labró
en la puerta una alacena
tu hermano?
- D.^a ANGELA. Ya lo que ordena
tu ingenio he entendido yo. 585
Dirás que, pues es de tabla,
algún agujero hagamos
por donde al huésped veamos.
- ISABEL. Más que eso mi ingenio entabla.
- D.^a ANGELA. Di.
- ISABEL. Por cerrar y encubrir
la puerta, que se tenía,
y que a este jardín salía,

- y poder volverla a abrir,
hizo tu hermano poner,
portátil, una alacena. 590
Esta, aunque de vidrios llena,
se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien; porque, cuando
la alacena aderecé,
la escalera la arrimé, 595
y ella se fue desclavando
poco a poco de manera,
que todo junto cayó
y dimos en tierra, yo,
alacena y escalera; 600
de suerte, que en falso agora
la tal alacena está,
y apartándose, podrá
cualquiera pasar, señora.
- D.^a ANGELA. Esto no es determinar
sino prevenir primero. 605
Ves aquí, Isabel, que quiero
a esotro cuarto pasar.
He quitado la alacena,
¿por allá, no se podrá
quitar también? 610
- ISABEL. ¡Claro está!
Y para hacerla más buena,
en falso se han de poner
dos clavos, para advertir
que sólo la sepa abrir 615
el que lo llega a saber.
- D.^a ANGELA. Al criado que viniere
por luz y por ropa, di
que vuelva a avisarte a ti,
si acaso el huésped saliere 620
de casa; que, según creo
no le obligará la herida
a hacer cama.

Esta es, señor, la espada que os ha herido;
a vuestras plantas viene
a pedirnos perdon, si culpa tiene. 680
Tome vuestra querella
con ella en mí, venganza de mí y della.

D. MANUEL. Sois valiente y discreto:
en todo me vencéis. La espada aceto,
porque siempre a mi lado 685
me enseñe a ser valiente. Confiado
desde hoy vivir procuro;
porque ¿de quién no vivirá seguro
quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él sólo me tuviera temeroso. 690

D. JUAN. Pues Don Luis me ha enseñado
a lo que estoy por huésped obligado⁴¹,
otro regalo quiero
que recibáis de mí.

D. MANUEL. ¡Qué tarde espero 695
pagar tantos favores!
Los dos competís en darme honores.

Sale COSME, cargado de maletas y cojines

COSME. Doscientos mil demonios
de su familia infernal den testimonios,
volviéndose inclementes 700
doscientas mil serpientes,
que, asiéndome, de un vuelo,
den conmigo de patas en el cielo,
del mandato oprimidos
de Dios, por justos juicios compelidos,
si vivir no quisiera sin injurias 705
en Galicia o Asturias,
antes que en esta Corte.

D. MANUEL. Reporta...

⁴¹ Huésped es el que hospeda, y no el hospedado, como entendemos actualmente.

COSME. El repertorio⁴² se reporte

D. LUIS. ¿Qué dices?

COSME. Lo que digo:
que es traidor quien da paso a su enemigo.

D. LUIS. ¿Qué enemigo? Detente. 710

COSME. El agua de una fuente y otra fuente.

D. MANUEL. ¿Y por eso te inquietas?

COSME. Venía de cojines y maletas,
por la calle cargado. 715
y en una zanja de una fuente he dado,
y así lo traigo todo
(como dice el refrán) puesto de lodo⁴³.
¿Quién esto en casa mete?

D. MANUEL. Vete de aquí, que estás borracho. Vete. 720

COSME. Si borracho estuviera
menos mi enojo con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes
que vuelven varias cosas sus corrientes,
no me espanto, si aquí ver determino, 725
que nace el agua a convertirse en vino...

D. MANUEL. Si él empieza, en un año
no acabará.

D. JUAN. El tiene humor extraño.

D. LUIS. Sólo de ti quería
saber (si sabes leer, como este día 730
en el libro citado
muestras) ¿por qué pediste tan pesado
que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME. Porque se lêr en libros y no en cartas.

D. LUIS. Está bien respondido. 735

D. MANUEL. Que no hagáis caso dél, por Dios os pido
Ya lo iréis conociendo,
y sabréis que es burlón.

COSME. Hacer pretendo

⁴² Cosme juega del vocablo e inventa *repertorio*, de reportar. Como si dijera: el refrenador que se refrene.

⁴³ Poner de lodo, era infamar las personas o denigrar las cuestiones.

de mis burlas alarde.
Para alguna os convido.

D. MANUEL. Pues no es tarde. 740
Porque me importa, hoy quiero
hacer una visita.

D. JUAN. Yo os espero
para cenar.

D. MANUEL. Tú, Cosme, esas maletas
abre, y saca la ropa; no las metas
hasta limpiarlas harto. 745

D. JUAN. Si quisieres cerrar, ésta es del cuarto
la llave; que aunque tengo
llave maestra, por si acaso vengo
tarde, más que las dos, otro no tiene.
ni otra puerta tampoco. (*Ap.* Así conviene).
y en el cuarto la deja, y cada día 750
vendrán a aderezarle.

(*Vanse todos, menos Cosme.*)

COSME. Hacienda mía,
ven acá; que yo quiero
visitarte primero; 755
porque ver determino
cuánto habemos sisado en el camino;
que, como en las posadas
no se hilan las cuentas tan delgadas
como en casa, que vive en sus porfías
la cuenta, y la razón por lacerías⁴⁴, 760
hay mayor aparejo de provecho⁴⁵
para meter la mano, no en mi pecho,
sino en la bolsa ajena.

(*Abre la maleta y saca una bolsa.*)

Hallé la propia; buena está y rebuena,
pues aquesta jornada 765
subió doncella, y se apeó preñada.

44 En casa se porfía a diario por la cuenta y se razona por lacerías. Lacerías significa miseria, pobreza.

45 *Aparejo*, preparación o disposición para algo. Aquí, facilidad.

Contarlo quiero, aunque es tien po perdido,
porque yo, ¿qué borregos he vendido
a mi señor, para que mire y vea
si está cabal? Lo que ello fuere, sea. 770

Su maleta es aquesta:
ropa quiero sacar, por si se acuesta
tan presto; que él mandó que hiciese esto.
¿Mas por qué él lo mandó, se ha de hacer
Por haberlo él mandado [presto? 775
antes no lo he de hacer, que soy criado.

Salirme un rato es justo
a rezar a una ermita. ¿Tendrás gusto
desto, Cosme?—Tendré.—Pues, Cosme, vamos⁴⁶
que antes son nuestros gustos que los amos. [780

(*Vase.*)

Salen DOÑA ANGELA y ISABEL. por la puerta disimulada en la alacena

ISABEL. Que está el cuarto solo dijo
Rodrigo, porque el tal huésped
y tus hermanos se fueron.

D.^a ANGELA. Por eso pude atreverme
a hacer sola esta experiencia. 785

ISABEL. ¿Ves que no hay inconveniente
para pasar hasta aquí?

D.^a ANGELA. Antes, Isabel, parece
que todo cuanto previne
yo, fue muy impertinente, 790
pues con ninguno encontramos;
que la puerta fácilmente
se abre y se vuelve a cerrar,
sin ser posible que se eche
de ver.

46 Calderón se muestra irónico al pintarnos al criado sinvergüenza, que está faltando a su deber, y dice que se va a rezar a una ermita. Probablemente el gesto indicaba ir a beber. El diálogo que entabla consigo mismo tiene mucha gracia maliciosa.

- ISABEL. ¿Y a qué hemos venido? 795
- D.^a ANGELA. A volvernós solamente;
que para hacer sola una
travesura dos mujeres,
basta haberla imaginado;
porque al fin esto no tiene
más fundamento, que haber
hablado en ello dos veces,
y estar yo determinada
(siendo verdad que es aqueste
caballero el que por mí
se empeñó osado y valiente,
como te he dicho) a mirar
por su regalo. 800
- ISABEL. Aquí tienes
el que le trajo tu hermano,
y una espada en un bufete. 810
- D.^a ANGELA. Ven acá. ¿Mi escribanía
trajeron aquí?
- ISABEL. Dio en ese
desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese
con recado de escribir,
y mil libros diferentes. 815
- D.^a ANGELA. En el suelo hay dos maletas.
- ISABEL. Y abiertas, señora, ¿quiéres
que veamos lo que hay en ellas?
- D.^a ANGELA. Sí, que quiero neciamente
mirar qué ropas y alhajas
trae. 820
- ISABEL. Soldado y pretendiente,
vendrá muy mal alhajado.
- (Sacan todo cuanto van diciendo y lo esparcen
por la sala.)
- D.^a ANGELA. ¿Qué es eso?
- ISABEL. Muchos papeles.
- D.^a ANGELA. ¿Son de mujer?

- ISABEL. No, señora, 825
sino procesos que vienen
cosidos, y pesan mucho.
- D.^a ANGELA. Pues si fueran de mujeres
ellos fueran más livianos.
Mal en eso te detienes. 830
- ISABEL. Ropa blanca hay aquí alguna.
- D.^a ANGELA. ¿Huele bien?
- ISABEL. Sí, a limpia huele.
- D.^a ANGELA. Ese es el mejor perfume.
- ISABEL. Las tres calidades tiene,
de blanca, blanda y delgada. 835
Mas, señora, ¿qué es aqueste
pellejo con unos hierros
de herramientas diferentes?
- D.^a ANGELA. Muestra a ver. Hasta aquí hierro
de sacamuelas parece;
mas éstas son tenacillas⁴⁷,
y el alizador del copete
y los bigotes esotras. 840
- ISABEL. Item, escobilla y peine.
Oye, que, más prevenido,
no le faltará al tal huésped
la horma de su zapato. 845
- D.^a ANGELA. ¿Por qué?
- ISABEL. Porque aquí la tiene.
- D.^a ANGELA. ¿Hay más?
- ISABEL. Sí, señora. Item,
como a forma de billetes,
legajo segundo. 850
- D.^a ANGELA. Muestra.
De mujer son, y contienen

⁴⁷ Curiosa y divertida alusión a la indumentaria masculina. Dentro de un saquillo y cartera de cuero llevaba Don Manuel las tenacillas de rizar el pelo y las de alzar el copete, y las de rizar las puntas de los bigotes, que eran de diferentes tamaños y formas. Llevaba además un cepillo y un peine y unas hormas para los zapatos.

responder. No me responda,
 que me huelgo de que eche
 de ver que soy enemigo 905
 de respondones. Con este
 humor, sea bueno, o sea malo,
 (si he de hablar discretamente)
 estoy temblando de miedo;
 pero como a mí me deje 910
 el revoltoso de alhajas
 libre mi dinero, llegue
 y revuelva las maletas
 una y cuatrocientas veces.
 Mas ¿qué veo? ¡Vive Dios, 915

(Registra la bolsa.)

que en carbones lo convierte!
 Duendecillo, duendecillo,
 quienquiera que sea o fueres,
 el dinero que tú das 920
 en lo que mandares vuelve,
 ¿mas lo que yo hurto, por qué?

Salen DON MANUEL, DON JUAN, DON LUIS. — COSME

D. JUAN. ¿De qué das voces?
 D. LUIS. ¿Qué tienes?
 D. MANUEL. ¿Qué te ha sucedido? Habla.
 COSME. ¡Lindo desenfado es ése!
 Si tienes por inquilino, 925
 señor, en tu casa un duende,
 ¿para qué nos recibiste
 en ella? Un instante breve
 que falté de aquí, la ropa
 de tal modo y de tal suerte 930
 hallé, que, toda esparcida,
 una almoneda parece.
 D. JUAN. ¿Falta algo?
 COSME. No falta nada.
 El dinero solamente



LA DAMA DUENDE.

PERSONAS.

DON MANUEL.
 DON LUIS.
 DON JUAN.
 COSME, CRIADO.
 RODRIGO, CRIADO.

DOÑA ANSOLA
 DOÑA BEATRIZ
 CLARA, criada.
 ISABEL, criada.
 CRIADOS.—GENTE

La acción pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, COSME, vestidos de camino.

Por un hora no llegamos
 A tiempo de ver las fiestas,
 Con que Madrid generosa
 Hoy el bautismo celebra
 Del príncipe Baltasar de
 Como esas cosas se acortan,
 O se yerran por un hora.
 El príncipe no faltaba a las fiestas.
 (Cae un papelito.)

Por una hora que fuere
 Antes de ir a la fiesta,
 No hallara a su Tío de
 Y las cosas no manen
 Porque con los papeles
 Que me arrojó de las
 Se es un papelito que
 Por un hora que fuere
 Tarquino, hallara a
 Recogida con lo que
 Las cosas no manen
 Sin ser vistos, he visto
 A estas de competencia
 La dama, sobresalida
 Si luego por el
 Por un hora que fuere
 Si era bien lo que
 Echarse fuera de
 No se halla, es un

Primera tirada de «La dama duende». Teatro selecto antiguo y moderno, por F. José Orellana

(S. Manero, Barcelona, 1886)

- que en esta bolsa tenía, 935
que era mío, me convierte
en carbones.
- D. LUIS. Sí, ya entiendo.
D. MANUEL. ¡Qué necia burla previenes!
¡Qué fría y qué sin donaire!
D. JUAN. ¡Qué mala y qué impertinente! 940
COSME. No es burla ésta, ¡vive Dios!
D. MANUEL. Calla, que estás como sueles.
COSME. Es verdad; mas suelo estar
en mi juicio algunas veces. 945
D. JUAN. Quedaos con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
el duende de la posada;
y aconsejadle que intente
otras burlas al criado.
- (Vase.)
- D. LUIS. No en vano sois tan valiente 950
como sois, si habéis de andar,
desnuda la espada siempre,
saliendo de los disgustos
en que ese loco os pusiere.
- (Vase.)
- D. MANUEL. ¿Ves cuál me tratan por ti? 955
Todos por loco me tienen
porque te sufro. A cualquiera
parte que voy, me suceden
mil desaires por tu causa.
COSME. Ya estás solo, y no he de hacerte 960
burla mano a mano yo;
porque sólo en tercio puede
tirarse uno con su padre⁵⁴.
Dos mil demonios me lleven
si no es verdad que salí, 965

54 En compañía, con confianza; y entre jugadores, sin ventaja de uno a otro. Aquí está contrapuesto, jugar a mano con jugar en tercio, y Cosme asegura que de esta última manera se atreve hasta con su padre.

- y alguien, fuese quien fuese,
hizo este estrago.
- D. MANUEL. Con eso
ahora disculparte quieres
de la necesidad. Recoge 970
esto que esparcido tienes,
y entra a acostarte.
- COSME. Señor,
en una galera reme.
- D. MANUEL. Calla, calla, o ¡vive Dios...
que la cabeza te quiebre!
- (Entra en la alcoba.)
- COSME. Pesárame con extremo 975
que lo tal me sucediese.
Ahora bien; vuelvo a envasar
otra vez los adherentes
de mis maletas. ¡Oh cielos!
¡Quién la trompeta tuviese 980
del juicio de las alhajas,
porque a una vez solamente
viniesen todas!
- (Vuelve Don Manuel con un papel.)
- D. MANUEL. Alumbra,
Cosme.
- COSME. Pues ¿qué te sucede,
señor? ¿Has hallado acaso 985
allá dentro alguna gente?
- D. MANUEL. Descubrí la cama, Cosme,
para acostarme, y halléme
debajo de la toalla
de la cama, este billete 990
cerrado: y ya el sobrescrito
me admira más.
- COSME. ¿A quién viene?
- D. MANUEL. A mí, mas de modo extraño.
- COSME. ¿Cómo dice?
- D. MANUEL. Desta suerte;

«Nadie me abra, porque soy
de Don Manuel solamente».

¡Plegue a Dios, que no me creas
por fuerza! No le abras; tente,
sin conjurarle primero.

Cosme, lo que me suspende
es la novedad, no el miedo;
que quien admira, no teme.

«Con cuidado me tiene vuestra salud, co-
mo a quien fue la causa de su riesgo. Y
así, agradecida y lastimada, os suplico me
aviséis della, y os sirváis de mí; que para
lo uno y lo otro habrá ocasión, dejando la
respuesta donde hallásteis éste: advirtien-
do que el secreto importa, porque el día
que lo sepa alguno de los amigos, perde-
ré yo el honor y la vida.»

¡Extraño caso!

¿Qué extraño?

¿Eso no te admira?

No;

antes con esto llegó
a mi vista el desengaño.

¿Cómo?

Bien claro se ve
que aquella dama tapada,
que tan ciega y tan turbada
de Don Luis huyendo fue,
era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
si es soltero, su mujer.

Y dando por cierto esto,
¿qué dificultad tendrá
que en la casa de su amante,
tenga ella mano bastante
para entrar?

Muy bien está

pensando; mas mi temor
pasa adelante. Confieso

que es su dama, y el suceso
te doy por bueno, señor;

pero ¿ella cómo podía
desde la calle, saber

lo que habí⁵⁵ de suceder,
para tener este día

ya prevenido el papel?

D. MANUEL. Después de haberme pasado,
pudo dársele a un criado.

COSME. Y aunque se le diera, ¿él
cómo aquí ha de haberle puesto?,
pues nadie en el cuarto entró
desde que en él quedé yo.

D. MANUEL. Bien pudo ser antes de esto.

COSME. Sí; mas hallar trabucadas
las maletas y la ropa,
y el papel escrito, topa⁵⁶
en más.

D. MANUEL. Mira si cerradas
esas ventanas están.

COSME. Y con aldabas y rejas.

D. MANUEL. Con mayor duda me dejas,
y mil sospechas me dan.

COSME. ¿De qué?

D. MANUEL. No sabré explicallo.

COSME. En efecto, ¿qué has de hacer?

D. MANUEL. Escribir y responder
pretendo, hasta averiguallo,

con estilo que parezca
que no ha hallado en mi valor,

ni admiración, ni temor;
que no dudo que se ofrezca

una ocasión en que demos,

55 *Habiú*, por *había*, sinéresis.

56 *Topar*, en aceptación figurada, vale por consistir en algo.

- COSME. viendo que papeles hay,
con quien los lleva y los tray.
¿Y de aquesto no daremos
cuenta a los huéspedes?
- D. MANUEL. No 1055
porque no tengo de hacer
mal alguno a una mujer,
que así de mí se fió.
- COSME. ¿Luego ya ofendes a quien
su galán juzgas?
- D. MANUEL. No tal, 1060
pues sin hacerla a ella mal,
puedo yo proceder bien.
- COSME. No, señor; más hay aquí
de lo que a ti te parece:
con cada discurso crece
mi sospecha. 1065
- D. MANUEL. ¿Cómo así?
- COSME. Ves aquí que van y vienen
papeles, y que jamás
aunque lo examines más,
ciertos desengaños tienen:
¿qué crêrás? 1070
- D. MANUEL. Que ingenio y arte
hay para entrar y salir,
para cerrar, para abrir,
y que el cuarto tiene parte
por dónde. Y en duda tal,
el juicio podré perder;
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural. 1075
- COSME. ¿No hay duendes?
- D. MANUEL. Nadie los vio.
- COSME. ¿Familiares?⁵⁷
- D. MANUEL. Son quimeras. 1080

⁵⁷ Duendecillos familiares, como aquel con quien dialogaba el pobre Tasso.

- COSME. ¿Brujas?
- D. MANUEL. Menos.
- COSME. ¿Hechiceras?
- D. MANUEL. ¡Qué error!
- COSME. ¿Hay súcubos?⁵⁸
- D. MANUEL. No.
- COSME. ¿Encantadoras?
- D. MANUEL. Tampoco.
- COSME. ¿Mágicas?
- D. MANUEL. Es necedad.
- COSME. ¿Nigromantes?⁵⁹
- D. MANUEL. Livianidad. 1085
- COSME. ¿Energúmenos?
- D. MANUEL. ¡Qué loco!
- COSME. ¡Vive Dios que te cogi!
¿Diablos?
- D. MANUEL. Sin poder notorio.
- COSME. ¿Hay almas del purgatorio?
- D. MANUEL. ¿Que me enamoren a mí? 1090
¡Hay más necia boberia!
Déjame; que estás cansado.
- COSME. En fin, ¿qué has determinado?
- D. MANUEL. Asistir de noche y día
con cuidados singulares 1095
(aquí el desengaño fundo),
sin creer que hay en el mundo
ni duendes ni familiares.
- COSME. Pues yo, en efecto, presumo
que algún demonio los tray, 1100
que esto y más habrá, donde hay
quien tome tabaco de humo.

⁵⁸ Súcubo, el demonio en forma de mujer, que tiene trato con varón. Incubo, el que con forma de varón tiene trato con mujer.

⁵⁹ Los que adivinan el futuro, resucitan muertos y practican la llamada magia negra.



JORNADA SEGUNDA

Habitación de Doña Angela

Salen DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ y ISABEL

- D.³ BEATRIZ. Notables cosas me cuentas.
- D.³ ANGELA. No te parezcan notables,
hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?
- D.³ BEATRIZ. Quedaste
en que por el alacena¹ 5
hasta su cuarto pasaste,
que es tan difícil de verse
como fue de abrirse fácil;
que le escribiste un papel,
y que al otro día hallaste 10
la respuesta.
- D.³ ANGELA. Digo, pues,
que tan cortés y galante
estilo no vi jamás,
mezclando entre lo admirable
del suceso, lo gracioso, 15
imitando los andantes
caballeros, a quien pasan
aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es éste.
Holgáreme que te agrade. 20

¹ *El alacena*, como el alma, el hacha. Reliquia del artículo anticuado *ela*.

«Fermosa dueña² cualquier que vos seais
»la condolida deste afanado caballero, y
»asaz piadosa minoráis³ sus cuitas, ruégovos
»me queráis facer sabidor del follón mez-
»quino, o pagano malandrín, que en este
»encanto vos amancilla, para que segunda
»vegada en vuesto nombre, sano ya de las
»pasadas feridas, entre en descomunal ba-
»talla, maguer que finque muerto en ella;
»que non es la vida de más pro que la
»muerte, tenuto⁴ a su deber un caballero.
»El dador de la luz vos mampare, e a mí
»non olvide. — *El caballero de la Dama*
»*Duenae*»⁵.

- D.³ BEATRIZ. ¡Buen estilo, por mi vida,
y a propósito el lenguaje,
del encanto y la aventura!
- D.³ ANGELA. Cuando esperé que con graves
admiraciones viniera 25
el papel, vi semejante
desenfado, cuyo estilo
quise llevar adelante,
y respondiéndole así,
pasé...
Detente, no pases, 30
que viene Doñ. Juan, tu hermano.
- D.³ BEATRIZ. Vendrá muy firme y amante

² *Dueña* quería decir señora en esta ocasión. Pero comúnmente llamaban entonces dueñas a las mujeres de edad, que servían de compañía a damas principales. Todos nuestros clásicos satirizan a las dueñas, especialmente Quevedo, que, en *Las zahurdas de Plutón*, las presenta convertidas en ranas (por lo que chillaban y porque no eran ni carne ni pescado) y metidas en un gran charco.

³ *Minorais*. Latinismo; menguáis, disminuíis.

⁴ Participio arcaico de cuya existencia son reliquias los actuales *agudo* y *menudo*. Aunque es participio del verbo *tener*, aquí significa *atenido*.

⁵ Imita Don Manuel en su carta el estilo grandilocuente propio de las novelas de caballerías, el mismo que empleaba Dorotea en el *Quijote* haciendo de princesa Micomicona.

a agradecerte la dicha
de verte, Beatriz, y hablarte
en su casa.

D.^a BEATRIZ. No me pesa, 35
si hemos de decir verdades.

Sale DON JUAN

D. JUAN. No hay mal que por bien venga,
dicen adagios vulgares,
y en mí se ve, pues que vienen
por mis bienes vuestros males. 40
He sabido, Beatriz bella,
que un pesar, que vuestro padre
con vos tuvo, a nuestra casa
sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser 45
lisonjeros y agradables,
como para vos mis gustos,
para mí vuestros pesares;
pues es fuerza que no sienta
desdichas que han sido parte 50
de versos; porque hoy amor
diversos efectos hace,
en vos de pena, y en mí
de gloria, bien como el áspid⁶,
de quien, si sale el veneno, 55
también la triaca⁷ sale.
Vos seais muy bien venida;
que aunque es corto el hospedaje,

6 Víbora muy venenosa. Quizá por la eufonía del nombre se la cita con frecuencia («áspides en rosas vende», *El vergonzoso*) y la unen muchos con el teatral suicidio de Cleopatra.

7 *Triaca* es un compuesto de opio; pero también se llama así a todo remedio que se origina del mismo daño. La palabra triaca siempre se contrapone a veneno, y así lo hace Calderón en el título de su auto *El veneno y la triaca*. Posteriormente Vargas Ponce continúa empleando ambos sustantivos en la misma forma: «Al veneno de amor busco triaca» en la *Proclama de un solterón*.

bien se podrá hallar un sol
en compañía de un ángel. 60

D.^a BEATRIZ. Pésames y parabienes
tan cortésmente mezclasteis,
que no sé a qué responderos.
Disgustada con mi padre
vengo: la culpa tuvisteis; 65
pues aunque el galán no sabe,
sabe que por el balcón
hablé anoche, y mientras pase
el enojo, con mi prima
quiere que esté, porque hace 70
de su virtud confianza.
Sólo os diré, y esto baste,
que los disgustos estimo;
porque también en mí cause
amor efectos diversos, 75
bien como el sol, cuando esparce
bellos rayos, que una flor
se marchita y otra nace.
Hiere el amor en mi pecho,
y es sólo un rayo bastante 80
a que se muera el pesar,
y nazca el gusto de hallarme
en vuestra casa, que ha sido
una esfera de diamante.
hermosa envidia de un sol, 85
y capaz dosel de un ángel⁸.

D.^a ANGELA. Bien se ve que de ganancia
andáis hoy los dos amantes,
pues que me dais de barato
tantos favores.

D. JUAN. ¿No sabes, 90
hermana, lo que he pensado?
Que tú sola, por vengarte

8 Los dos enamorados dialogan, al uso de la época, hiperbólicamente.

- del cuidado que te da
mi huésped, cuerda buscaste
huéspeda, que a mi me ponga
en cuidado semejante. 95
- D.^a ANGELA. Dices bien, y yo lo he hecho
sólo porque la regales.
- D. JUAN. Yo me doy por muy contento
de la venganza.
(*Quiere irse.*)
- D.^a BEATRIZ. ¿Qué haces,
Don Juan? ¿Dónde vas? 100
- D. JUAN. Beatriz,
a servirte; que dejarte,
sólo a ti por ti pudiera.
- D.^a ANGELA. Déjale ir.
- D. JUAN. Dios os guarde.
(*Vase.*)
- D.^a ANGELA. Sí, cuidado con su huésped
me dio, y cuidado tan grande,
que apenas sé de mi vida,
y él de la suya no sabe.
Viéndote a ti, con el mismo
cuidado he de desquitarme; 110
porque de huésped a huésped
estemos los dos iguales.
- D.^a BEATRIZ. El deseo de saber
tu suceso, fuera parte
solamente a no sentir
su ausencia. 115
- D.^a ANGELA. Por no cansarte,
papeles suyos y míos
fueron y vinieron, tales
(los suyos digo) que pueden
admitirse y celebrarse; 120
porque mezclando las veras
y las burlas, no vi iguales
discursos.

- D.^a BEATRIZ. Y él, en efecto,
¿qué es a lo que se persuade?
- D.^a ANGELA. A que debo de ser dama
de Don Luis, juntando partes
de haberme escondido dél,
y de tener otra llave
del cuarto. 125
- D.^a BEATRIZ. Sola una cosa
dificultad se me hace. 130
- D.^a ANGELA. ¿Di cuál es?
- D.^a BEATRIZ. ¿Cómo este hombre
viendo que hay quien lleva y trae
papeles, no te ha espiado,
y te ha cogido en el lance?
- D.^a ANGELA. No está eso por prevenir;
porque tengo a sus umbrales
un hombre yo, que me avisa
de quién entra y de quién sale;
y así no pasa Isabel
hasta saber que no hay nadie. 140
Que ya ha sucedido, amiga,
un día entero quedarse
un criado para verlo,
y haberle salido en balde
la diligencia y cuidado. 145
Y porque no se me pase
de la memoria, Isabel,
llévate aquel azafate
en siendo tiempo.
- D.^a BEATRIZ. Otra duda.
¿Cómo es posible que alabes
de tan entendido, un hombre
que no ha dado en casos tales
en el secreto común
de la alacena? 150
- D.^a ANGELA. ¿Ahora sabes

lo del huevo de Juanelo⁹, 155
 que los ingenios más grandes
 trabajaron en hacer
 que en un bufete de jaspe
 se tuviese en pie, y Juanelo
 con sólo llegar y darle 160
 un golpecillo, le tuvo?
 Las grandes dificultades,
 hasta saberse lo son:
 que sabido, todo es fácil.

D.^a BEATRIZ. Otra pregunta.
 D.^a ANGELA. Di cuál. 165
 D.^a BEATRIZ. De tan locos disparates,
 ¿qué piensas sacar?

D.^a ANGELA. No sé.
 Dijérate que mostrarme
 agradecida, y pasar 170
 mis penas y soledades,
 si ya no fuera más que esto,
 porque necia e ignorante,
 he llegado a tener celos
 de ver que el retrato guarde
 de una dama, y aun estoy 175
 dispuesta a entrar y tomarle
 en la primera ocasión;
 y no sé cómo declare
 que estoy ya determinada
 a que me vea y me hable. 180

D.^a BEATRIZ. ¿Descubierta por quien eres?
 D.^a ANGELA. ¡Jesús, el cielo me guarde!
 Ni él, pienso yo, que a un amigo
 y huésped traición tan grande
 hiciera; pues el pensar 185

⁹ Hizo famoso a Juanelo el artificio de su nombre, al que se hace referencia en *La dama hoba*: «Alto está, pero no importa, — que más lo estaba el Alcázar — y la puente de Segovia. — y hubo Juanelos que a él — subieron agua sin sogas». Tratabase de una rueda de canjillones, por medio de la cual se subía el agua.

que soy dama suya hace
 que me escriba temeroso,
 cortés, turbado y cobarde;
 y, en efecto, yo no tengo
 de ponerme a ese desaire 190

D.^a BEATRIZ. Pues ¿cómo ha de verte?
 D.^a ANGELA. Escucha
 y sabrás la más notable
 traza, sin que yo al peligro
 de verme en su cuarto pase,
 y él venga, sin saber dónde 195
 Pon otro hermano a la margen¹⁰,
 que viene Don Luis.

ISABEL.
 D.^a ANGELA. Después
 lo sabrás.

D.^a BEATRIZ. ¡Qué desiguales
 son los influjos! ¡Que el cielo
 en igual mérito y partes 200
 ponga tantas diferencias
 y tantas distancias halle,
 que, como un mismo deseo,
 uno obligue y otro canse!
 Vamos de aquí, que no quiero 205
 que llegue Don Luis a hablarme.

(Quiere irse.)

Sale DON LUIS

D. LUIS. ¿Por qué os ausentáis así?
 D.^a BEATRIZ. Sólo porque vos llegasteis.
 D. LUIS. La luz más hermosa y pura,
 de quien el sol la aprendió, 210
 ¿huye porque llego yo?
 ¿Soy la noche por ventura?

¹⁰ Isabel bromea, como siempre, haciendo cómplice al público de los recursos escénicos del autor. Como las entradas y salidas de los personajes se suelen poner al margen del manuscrito, a ello hace Isabel referencia.

Pues perdone tu hermosura
 si atrevido y descortés
 en detenerte me ves; 215
 que yo, en esta contingencia,
 no quiero pedir licencia,
 porque tú no me la des.
 Que, estimando tu rigor,
 no quiere la suerte mía 220
 que aun esto, que es cortesía
 tenga nombre de favor.
 Ya sé que mi loco amor
 en tus desprecios no alcanza
 un átomo de esperanza; 225
 pero yo, viendo tan fuerte
 rigor, tengo de quererte
 por sólo tomar venganza.
 Mayor gloria me darás,
 cuando más penas me ofrezcas; 230
 pues cuando más me aborrezcas,
 tengo de quererte más.
 Si desto quejosa estás,
 porque con sólo un querer
 los dos vengamos a ser, 235
 entre el placer y el pesar,
 extremos, aprende a amar
 o enséñame a aborrecer.
 Enséñame tú rigores,
 yo te enseñaré finezas; 240
 enséñame tú asperezas,
 yo te enseñaré favores;
 tú desprecios, y yo amores;
 tú olvido, y yo firme fe;
 aunque es mejor, porque dé
 gloria al amor, siendo Dios,
 que olvides tú por los dos;
 que yo por los dos querré. 245

D.^a BEATRIZ. Tan cortésmente os quejáis,

que, aunque agradecer quisiera 250
 vuestras penas, no lo hiciera,
 sólo porque las digáis.
 D. LUIS. Como tan mal me tratáis,
 el idioma del desdén
 aprendí.

D.^a BEATRIZ. Pues ése es bien 255
 que sigáis; que en caso tal,
 hará soledad el mal
 a quien le hice tan bien¹¹.

(Quiere irse, y detiéndela Don Luis.)

D. LUIS. Oye, si acaso te vengas,
 y padezcamos los dos. 260

D.^a BEATRIZ. No he de escucharos. Por Dios.
 amiga, que le detengas.

(Vase.)

D.^a ANGELA. ¡Que tan poco valor tengas
 que esto quieras oír y ver!

D. LUIS. ¡Ay hermana! ¿Qué he de hacer? 265

D.^a ANGELA. Dar tus penas al olvido;
 que querer aborrecido
 es morir, y no querer.

D. LUIS. Quejoso, ¿cómo podré
 olvidarla? ¡Que es error! 270

Dila que me haga un favor,
 y obligado olvidaré;
 ofendido no; porque
 el más prudente, el más sabio
 da su sentimiento al labio; 275
 si olvidarse el favor suele,
 es porque el favor no duele
 de la suerte que el agravio.

(Vanse.)

¹¹ Los conceptos suelen ser tan alambicados como las palabras: el único modo de que Don Luis se viese libre de su mal era decirle tan bien, porque huyendo el mal de su bien decir, le hará soledad, le dejará solo.

Salen RODRIGO y DON LUIS

RODRIGO. ¿De dónde vienes?
 D. LUIS. No sé.
 RODRIGO. Triste parece que estás. 280
 ¿La causa no me dirás?
 D. LUIS. Con Doña Beatriz hablé.
 RODRIGO. No digas más; ya se ve
 en ti lo que respondió.
 Pero ¿dónde está, que yo
 no la he visto? 285
 D. LUIS. La tirana
 es huésped de mi hermana
 unos días, porque no
 me falte su enjudo así
 de un huésped; que cada día
 mis hermanos a porfía 290
 se conjuran contra mí;
 pues cualquiera tiene aquí
 uno que pesar me dé:
 de Don Manuel, ya se ve, 295
 y de Beatriz; pues los cielos
 me traen a casa mis celos,
 porque sin ellos no esté.
 RODRIGO. Mira que Don Manuel puede
 oírte, que viene allí. 300

Sale DON MANUEL

D. MANUEL. ¡Sólo en el mundo por mí
 (Aparte.) tan gran prodigio sucede!
 ¿Qué hare, cielos, con que quede
 desengañado, y saber 305
 de una vez si esta mujer
 dama de Don Luis ha sido,
 o cómo mano ha tenido
 y cautela, para hacer
 tantos engaños?

D. LUIS. Señor
 Don Manuel. 310
 D. MANUEL. Señor Don Luis
 D. LUIS. ¿De dónde venís?
 D. MANUEL. De Palacio.
 D. LUIS. Grande error
 el mío fue el preguntar,
 a quien pretensiones tiene,
 dónde va, ni dónde viene; 315
 porque es fuerza que ha de dar
 cualquiera línea en Palacio,
 como centro de su esfera.
 D. MANUEL. Si sólo a Palacio fuera,
 estuviera más despacio;
 pero mi afán inmortal
 mayor término ha pedido.
 Su Majestad ha salido 320
 esta tarde al Escorial,
 y es fuerza esta noche ir
 con mis despachos allá,
 que de importancia será. 325
 D. LUIS. Si ayudaros a servir
 puedo en algo, ya sabéis
 que soy, en cualquier suceso,
 vuestro. 330
 D. MANUEL. Las manos os beso
 por la merced que me hacéis.
 D. LUIS. Ved, que no es lisonja esto.
 D. MANUEL. Ya veo que es voluntad
 de mi aumento.
 D. LUIS. (Aparte.) Así es verdad 335
 porque negocies más presto.
 D. MANUEL. Pero a un galán cortesano
 tanto como vos, no es justo
 divertirle de su gusto;
 porque yo tengo por llano 340
 que estaréis entretenido,

- y gran desacuerdo fuera
que ausentaros pretendiera.
D. LUIS. Aunque hubiérades oído
lo que con Rodrigo hablaba, 345
no respondiera así.
- D. MANUEL. Luego ¿bien he dicho?
D. LUIS. Sí,
que aunque es verdad que lloraba
de una hermosura el rigor, 350
a la firme voluntad
la hace tanta soledad
el desdén, como el favor.
- D. MANUEL. ¡Qué desvalido os pintáis!
D. LUIS. Amo una grande hermosura
sin estrella y sin ventura. 355
- D. MANUEL. ¿Conmigo disimuláis
ahora?
- D. LUIS. ¡Plugiera al cielo!
Mas tan infeliz nací,
que huye esta beldad de mí
como de la noche el velo 360
de la hermosa luz del día,
a cuyos rayos me quemo.
¿Queréis ver con cuánto extremo
es la triste suerte mía?
Pues porque no la siguiera 365
amante y celoso yo,
a una persona pidió
que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores más fieros,
pues todos suelen buscar 370
terceros para alcanzar,
y ella huye por terceros¹².
- (Vanse Don Luis y Rodrigo.)
- D. MANUEL. ¿Qué más se ha de declarar?

¹² Los terceros para «alcanzar», como Don Luis, recibieron siempre el crudo y castellanísimo nombre de alcahuetes.

- ¡Mujer que su vista huyó,
y a otra persona pidió 375
que le llegase a estorbar!
Por mí lo dice y por ella.
Ya por lo menos vencí
una duda, pues ya vi
que, aunque es verdad que es aquella, 380
no es su dama; porque él
despreciado no viviera,
si en su casa la tuviera.
Ya es mi duda más cruel.
Si no es su dama, ni vive 385
en su casa, ¿cómo así
escribe y responde? Aquí
muere un engaño, y concibe
otro engaño. ¿Qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones 390
confusión de confusiones.
¡Válgate Dios por mujer!

Sale COSME

- COSME. Señor, ¿Qué hay del duende? ¿Acaso
hasle visto por acá? 395
Que de saber que no está
allá, me holgaré
- D. MANUEL. Habla paso.
COSME. Que tengo mucho que hacer
en nuestro cuarto, y no puedo
entrar.
- D. MANUEL. Pues ¿qué tienes?
COSME. Miedo.
D. MANUEL. ¿Miedo un hombre ha de tener? 400
COSME. ¡No le ha de tener, señor!
Pero ve aquí que le tiene,
porque al suceso conviene.
- D. MANUEL. Deja aque-se necio humor,
y lleva luz, porque tengo 405

que disponer y escribir,
y esta noche he de salir
de Madrid.

COSME. A eso me atengo,
pues dices con eso aquí
que tienes miedo al suceso. 410

D. MANUEL. Antes te he dicho con eso
que no hago caso de ti;
pues de otras cosas me acuerdo
que son diferentes, cuando
en éstas me estás hablando. 415
El tiempo en efecto pierdo.
En tanto que me despido
de Don Juan, ten luz.

(Vase.)

COSME. Si haré.
Luz al duende llevaré,
que es hora que sea servido, 420
y no esté a oscuras. Aquí
ha de haber una cerilla;
en aquella lamparilla,
que se está muriendo allí,
encenderla agora puedo. 425
¡Oh, qué prevenido soy!
Y entre éstas y estotras voy
titiritando de miedo.

(Vase.)

Cuarto de DON MANUEL

ISABEL sale por la alacena con un azafate cubierto

Fuera están, que así el criado
me lo dijo. Agora es tiempo
de poner este azafate 430
de ropa blanca en el puesto
señalado.—¡Ay de mí, triste!

Que como es de noche, tengo,
con la grande oscuridad, 435
de mi misma asombro y miedo.

¡Válgame Dios, que temblando
estoy! El duende primero
soy que se encomienda a Dios
No hallo el bufete. ¿Qué es esto? 440

Con la turbación y espanto
perdí de la sala el tiento.
No sé dónde estoy, ni hallo
la mesa. ¿Qué he de hacer? Cielos!
Si no acertase a salir, 445

y me hallasen aquí dentro,
dábamos con todo el caso
al traste. ¡Gran temor tengo!
y más agora, que abrir
la puerta del cuarto siento, 450
y trae luz el que la abre.

¡Aquí dio fin al suceso!
que ya ni puedo esconderme,
ni volver a salir puedo.

Sale COSME, con luz

COSME. Duende, mi señor, si acaso 455
obligan los rendimientos

a los duendes bien nacidos,
humildemente le ruego
que no se acuerde de mí
en sus muchos embelecios, 460
y esto por cuatro razones:
la primera, yo me entiendo;

(Va andando, e Isabel detrás de él, huyendo
de que le vea.)

la segunda, usted lo sabe,
la tercera, por aquello
de que el buen entendedor... 465
la cuarta, por estos versos:

- Señora dama, duende,
duélase de mí,
que soy niño y solo,
y nunca en tal me vi. 470
- ISABEL. Ya con la luz he cobrado
(Aparte.) el tino del aposento,
y él no me ha visto; si aquí
se la mato, será cierto
que, mientras la va a encender, 475
salir a mi cuarto puedo;
que cuando sienta el rüido,
no me verá por lo menos,
y a dos daños, el menor.
- COSME. ¡Qué gran músico es el miedo! 480
ISABEL. Esto ha de ser desta suerte.
(Dale un golpe y mátales la luz.)
COSME. ¡Ay infeliz, que me han muerto!
¡Confesión!
ISABEL. Ahora podré
escaparme.
- Sale DON MANUEL
- D. MANUEL. ¿Qué es aquesto?
¡Cosme! ¿Cómo estás sin luz? 485
COSME. Como a los dos nos ha muerto
el duende: a la luz, de un soplo,
y a mí de un golpe.
- D. MANUEL. Tu miedo
te hará creer esas cosas.
COSME. ¡Bien a mi costa las creo! 490
ISABEL. ¡Oh si la puerta encontrase!
D. MANUEL. ¿Quién está aquí?
(Encuentra Isabel con Don Manuel, y él la tiene del azafate.)
ISABEL. Peor es esto;
que con el amo he encontrado.
D. MANUEL. Trae luz, Cosme, que ya tengo
a quien es.
- COSME. Pues no le sueltes. 495
D. MANUEL. No haré; ve por ella presto.
COSME. Tenle bien.
(Vase.)
- ISABEL. (Ap.) Del azafate
asió; en sus manos le deajo.
Hallé la alacena. Adiós.
(Vase, dejándole el azafate en la mano.)
- D. MANUEL. Cualquiera que es, se esté quedo 500
hasta que traigan la luz:
porque si no, ¡vive el cielo!
que le dé de puñaladas.
¡Pero sólo abrazo el viento,
y encuentro sólo una cosa, 505
de ropa y de poco peso!
¿Qué será? ¡Válgame Dios,
que en más confusión me ha puesto!
- Sale COSME, con la luz
- COSME. Téngase el duende a la luz.
Pues ¿qué es dél? ¿No estaba preso? 510
¿Qué es esto, señor?
- D. MANUEL. No acierto
a responder. Esta ropa
me ha dejado, y se fue huyendo.
COSME. ¿Y qué dices deste lance?
Aun bien que agora, tú mismo 515
dijiste que lo tenías,
y se te fue por el viento.
- D. MANUEL. Diré que aquesta persona,
que con arte y con ingenio
entra y sale aquí, esta noche 520
estaba encerrada dentro;
que, para poder salir,
te mató la luz, y luego
me dejó a mí el azafate,
y se me ha escapado huyendo. 525

- COSME. ¿Por dónde?
 D. MANUEL. Por esa puerta.
 COSME. Harásme que pierda el seso.
 ¡Vive Dios!, que yo le vi
 a los últimos reflejos,
 que la pavesa dejó 530
 de la luz, que me había muerto.
- D. MANUEL. ¿Qué forma tenía?
 COSME. Era un fraile
 tamañito, y tenía puesto
 un cucurucho tamaño;
 que por estas señas creo 535
 que era duende capuchino.
- D. MANUEL. ¡Qué de cosas hace el miedo!
 Alumbra aquí, y lo que trajo
 el frailecito veremos.
 Ten este azafate tú. 540
- COSME. ¿Yo azafates del infierno?
 D. MANUEL. Tenle, pues.
 COSME. Tengo las manos
 sucias, señor, con el sebo
 de la vela, y mancharé
 el tafetán¹³ que cubierto 545
 le tiene; mejor será
 que le pongas en suelo.
- D. MANUEL. Ropa blanca, es y un papel.
 Veamos si el fraile es discreto.
- (Lee.) «En el poco tiempo que ha que vivís en
 »esta casa, no se ha podido hacer más ropa:
 »como se fuere haciendo, se irá llevando. A
 »lo que decís del amigo, persuadido a que
 »soy dama de Don Luis, os aseguro que no
 »sólo no lo soy, pero que no puedo serlo:
 »y esto dejo para la vista, que será presto.
 »Dios te guarde.»

¹³ *Tafetán*. tela delgada, de seda, muy tupida. De tafetán negro se confeccionaban riquísimos mantos.

- Bautizado está este duende, 550
 pues de Dios se acuerda.
- COSME. ¿Veslo,
 cómo hay duende religioso?
 D. MANUEL. Muy tarde es; ve componiendo
 las maletas y cojines,
 y en una bolsa pon estos 555
 papeles, que son el todo
 a que vamos; que yo entiendo
 en tanto dejar respuesta
 a mi duende.
- (Da unos papeles a Cosme. pónelos él sobre
 una silla, y Don Manuel escribe.)
- COSME. Aquí yo quiero,
 para que no se me olviden 560
 y estén a mano, ponerlos,
 mientras me detengo un rato,
 solamente a decir esto:
 ¿has creído ya que hay duendes?
 D. MANUEL. ¡Qué disparate tan necio! 565
 COSME. ¿Esto es disparate? ¿Ves
 tú mismo tantos efetos,
 como venirse a tus manos
 un regalo por el viento,
 y aun dudas? Pero bien haces, 570
 si a ti te va bien con eso;
 mas déjame a mí, que yo,
 que peor partido tengo,
 lo crea.
- D. MANUEL. ¿De qué manera?
 COSME. Desta manera lo pruebo: 575
 si nos revuelven la ropa,
 te ríes mucho de verlo;
 y yo soy quien la compone,
 que no es trabajo pequeño.
 Si a ti te dejan papeles, 580
 y te llevan los conceptos;

a mí me dejan carbones,
y se llevan mi dinero.
Si traen dulces, tú te huelgas
como un padre, de comerlos; 585
y yo ayuno como un puto,
pues ni los toco ni veo.
Si a ti te dan las camisas,
las valonas¹⁴ y pañuelos;
a mí los sustos me dan 590
de escucharlo y de saberlo.
Si, cuando los dos venimos
aquí casi a un mismo tiempo,
te dan a ti un azafate
tan aseado y compuesto; 595
a mí un mojicón me dan
en aquestos pestorejós,
tan descomunal, tan grande,
que me hace escupir los sesos.
Para ti solo, señor, 600
es el gusto y el provecho;
para mí el susto y el daño;
y tiene el duende en efeto,
para ti mano de lana,
para mí mano de hierro. 605
Pues déjame que lo crea;
que se apura el sufrimiento,
queriendo negarle a un hombre
lo que está pasando y viendo.

D. MANUEL. Haz las maletas, y vamos; 610
que allá en el cuarto te espero
de Don Juan.

COSME. Pues ¿qué hay que hacer,
si allá vestido de negro

¹⁴ *Valona*, cuello grande que aun hoy día se usa como parte del hábito monjil en algunas órdenes. Su nombre viene del lugar, entre el Escalda y el Lys, cuyos habitantes se llaman walones.

«Por un sevillano, rufo, a lo valón,
tengo socarrado todo el corazón» (*Rinconete*).

has de andar, y esto se hace
con tomar un ferreruelo?¹⁵ 615

D. MANUEL. Deja cerrado, y la llave
lleva; que si en este tiempo
hiciera falta, otra tiene
Don Juan.—Confuso me ausento
por no llevar ya sabido 620
esto, que ha de ser tan presto;
pero uno importa al honor
de mi casa y de mi aumento,
y otro solamente a un gusto;
y así, entre los dos extremos, 625
donde el honor es lo más.
todo lo demás es menos.

(*Vanse.*)

Cuarto de Doña Angela

Salen DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ y ISABEL

D.^ª ANGELA. ¿Eso te ha sucedido?
ISABEL. Ya todo el embeleco vi perdido,
porque, si allí me viera, 630
fuerza, señora, fuera
el descubrirse todo;
pero, en efecto, me escapé del modo
que te dije.

D.^ª ANGELA. Fue extraño
suceso.

D.^ª BEATRIZ. Y ha de dar fuerza al engaño, 635
sin haber visto gente,
ver que dé un azafate, y que se ausente.

D.^ª ANGELA. Si tras desto consigo
que me vea del modo que te digo,
ni dudo de que pierda 640
el juicio.

¹⁵ *Ferreruelo*, capa corta, sin capilla o capucho.

D.^ª BEATRIZ. La atención más grave y cuerda
es fuerza que se espante,
Angela, con suceso semejante;
porque querer llamalle
sin saber donde viene, y que se halle 645
luego con una dama
tan hermosa, tan rica y de tal fama,
sin que sepa quién es, ni dónde vive
(que esto es lo que tu ingenio le apercibe),
y haya, vendado y ciego, 650
de volver a salir y dudar luego,
¿a quién no ha de admirar?

D.^ª ANGELA. Todo advertido
está ya, y por estar tú aquí no ha sido
hoy la noche primera
que ha de venir a verme.

D.^ª BEATRIZ. ¿No supiera 655
yo callar el suceso
de tu amor?

D.^ª ANGELA. Que no, prima, que no es por eso;
sino que estando en casa
tú, como a mis hermanos les abrasa
tu amor, no salen della, 660
adorando los rayos de tu estrella;
y fuera aventurarme,
no ausentándose ellos, empeñarme.

· DON LUIS, *al paño*

D. LUIS. ¡Oh cielos, quién pudiera 665
(*Aparte.*) disimular su afecto! ¡Quién pusiera
límite al pensamiento,
freno a la voz y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
tan poco puedo, que esto no consigo,
desde aquí he de ensayarme 670

D.^ª BEATRIZ. Yo diré de qué suerte
se podrá disponer, para no hacerte

mal tercio, y para hallarme
aquí; porque sintiera el ausentarme, 675
sin que el efeto viera
que deseo.

D.^ª ANGELA. Pues di de qué manera.

D. LUIS. ¿Qué es lo que las dos tratan,
(*Aparte.*) que de su mismo aliento se recatan?

D.^ª BEATRIZ. Las dos publicaremos. 680
que mi padre envió por mí, y haremos
la deshecha con modos,
que creyendo que estoy ya ausente todos,
vuelva a quedarme en casa.

D. LUIS. (*Ap.*) ¿Qué es esto cielos, que en mi agravio

D.^ª BEATRIZ. Y oculta con secreto, [pasa? 685
sin estorbos podré ver el efeto...

D. LUIS. (*Ap.*) ¿Qué es lo que oigo, hado injusto?

D.^ª BEATRIZ. Qué ha de ser para mí de tanto gusto.
D.^ª ANGELA. Y luego, ¿qué diremos 690
de verte aquí otra vez?

D.^ª BEATRIZ. Pues ¿no tendremos
(¡qué mal eso te admira!)
ingenio para hacer otra mentira?

D. LUIS. Si tendréis. ¡Qué esto escucho!
(*Aparte.*) Con nuevas penas y tormentos lucho. 695

D.^ª BEATRIZ. Con esto, sin testigos y en secreto
deste notable amor veré el efeto;
pues estando escondida
yo, y estando la casa recogida, 700
sin escándalo arguyo
que pasar pueda de su cuarto al tuyo.

D. LUIS. Bien claramente infiero
(*Aparte.*) (cobarde, vivo, y atrevido muero)
su intención. Mas dichoso
mi hermano la merece: ¡estoy celoso! 705
A darle se prefiere¹⁶

¹⁶ Preferir, en forma pronominal, usarlo nuestros clásicos en sentido de disponerse o excederse.

la ocasión que desea; y así quiere
 que de su cuarto pase
 sin que nadie lo sepa, y yo me abraze;
 y porque sin testigos 710
 se logren (¡oh enemigos!)
 mintiendo mi sospecha,
 hacer quieren conmigo la deshecha
 Pues si esto es así, cielo,
 para el estorbo de su amor apelo; 715
 y cuando esté escondida,
 buscando otra ocasión, con atrevida
 resolución veré toda la casa,
 hasta hallarle; que el fuego que me abrasa
 ya no tiene otro remedio; 720
 que el estorbar es último remedio
 de un celoso. Valedme, ¡santos cielos!,
 que, abrasado de amor, muero de celos.

(Vase.)

D.^a ANGELA. Está bien prevenido,
 y mañana diremos que te has ido. 725

Sale DON JUAN

D. JUAN. ¡Hermana! ¡Beatriz bella!
 D.^a BEATRIZ. Ya te echábamos de menos.
 D. JUAN. Si mi estrella
 tantas dichas mejora,
 que me eche menos vuestro sol, señora,
 de mí mismo envidioso, 730
 tendré mi mismo bien por sospechoso:
 que posible no ha sido
 que os haya merecido
 mi amor ese cuidado;
 y así, de mí envidioso y envidiado, 735
 tendré, en tan dulce abismo,
 yo lástima y envidia de mí mismo.
 D.^a BEATRIZ. Contradecir no quiero
 argumento, Don Juan tan lisonjero

que quien ha dilatado 740
 tanto el venirme a ver, y me ha olvidado,
 ¿quién duda que estaría
 bien divertido, sí, y allí tendría
 envidia a su ventura
 y lástima, perdiendo la hermosura 745
 que tanto le divierte?

Luego claro se prueba desta suerte
 con cierto silogismo
 la lástima y envidia de sí mismo.

D. JUAN. Si no fuera ofenderme y ofenderos, 750
 intentara, Beatriz, satisfaceros,
 con deciros que he estado
 con Don Manuel, mi huésped, ocupado
 agora en su partida,
 porque se fue esta noche.

D.^a ANGELA. ¡Ay de mi vida! 755

D. JUAN. ¿De qué, hermana, es el susto?

D.^a ANGELA. Sobresalta un placer como un disgusto.

D. JUAN. Pésame que no sea
 placer cumplido el que tu pecho vea;
 pues volverá mañana. 760

D.^a ANGELA. (Ap. Vuelva a vivir una esperanza vana.)
 Ya yo me había espantado,
 que tan de paso nos venía el enfado,
 que fue siempre importuno.

D. JUAN. Yo no sospecho que te dé ninguno, 765
 sino que tú y Don Luis mostráis disgusto,
 por ser cosa en que yo he tenido gusto.

D.^a ANGELA. No quiero responderte,
 aunque tengo bien qué; y es por no hacerte
 mal juego, siendo agora 770
 tercero de tu amor, pues nadie ignora
 que ejerce amor las flores¹⁷ del fullero
 mano a mano, mejor que con tercero.

¹⁷ Flor, trampa en el juego.

Vente, Isabel, conmigo; (*Ap. a ella.*)
 que aquesta noche misma a traer me obligo
 el retrato; pues puedo 775
 pasar con más espacio y menos miedo.
 Tenme tú prevenida
 una luz, y en qué pueda ir escondida;
 porque no ha de tener, contra mi fama 780
 quien me escribe, el retrato de otra dama.

(*Vanse Doña Angela y Isabel.*)

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN

D.^a BEATRIZ. No creo que te debo
 tantas finezas.
 D. JUAN. Los quilates¹⁸ pruebo
 de mi fe (porque es mucha)
 en un discurso.
 D.^a BEATRIZ. Dile.
 D. JUAN. Pues escucha 785
 Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,
 mi amor tan firme, mi afición tan rara,
 que, aunque yo no quererte deseara,
 contra mi mismo afeto te quisiera,
 Estímate mi vida de manera, 790
 que, a poder olvidarte, te olvidara,
 porque después por elección te amara:
 fuera gusto mi amor, y no ley fuera.
 Quien quiere a una mujer porque no pue-
 olvidalla, no obliga con querella, [de 795
 pues nada el albedrío le concede.
 Yo no puedo olvidarte, Beatriz bella,
 y siento el ver que tan ufana queda,
 con la victoria de tu amor mi estrella.
 D.^a BEATRIZ. Si la elección se debe al albedrío, 800
 y la fuerza al impulso de una estrella,
 voluntad más segura será aquella
 que no vive sujeta a un desvarío.

Y así, de tus finezas desconfío,
 pues mi fe, que imposibles atropella, 805
 si viera a mi albedrío, andar sin ella,
 negara, ¡vive el cielo, que era mío!
 Pues aquel breve instante que gastara
 en olvidar, para volver a amarte,
 sintiera que mi afeto me faltara. 810
 Y huélgome de ver que no soy parte
 para olvidarte, pues no te amara
 el rato que tratara de olvidarte.

(*Vanse.*)

'Calle

Sale COSME, huyendo de DON MANUEL, que le sigue

D. MANUEL. ¡Vive Dios!, si no mirara...
 COSME. Por eso miras.
 D. MANUEL. ...que fuera 815
 infamia mía, que hiciera
 un desatino.
 COSME. Repara
 en que te he servido bien,
 y un descuido no está en mano
 de un católico cristiano. 820
 D. MANUEL. ¿Quién ha de sufrirte, quién,
 si lo que más importó,
 y lo que más te he encargado
 es lo que más se ha olvidado?
 COSME. Pues por eso se olvidó, 825
 por ser lo que me importaba;
 que si importante no fuera,
 ¿en olvidarse, que hiciera?
 ¡Viven los cielos! que estaba
 tan cuidadoso en traer 830
 los papeles, que por eso
 los puse aparte, y confieso
 que el cuidado vino a ser

¹⁸ Unidad de peso en las piedras preciosas y veinticuatroava parte en peso de oro, que contienen las aleaciones de este metal.

- el mismo que me dañó;
pues si aparte no estuvieran,
con los demás se vinieran. 835
- D. MANUEL. Harto es que se te acordó
en la mitad del camino.
- COSME. Un gran cuidado llevaba,
sin saber qué le causaba: 840
que le juzgué desatino,
hasta que en el caso di,
y supe que era el cuidado
el haberseme olvidado
los papeles.
- D. MANUEL. Di que allí 845
el mozo espere, teniendo
las mulas; porque también
llegar con ruido no es bien,
despertando a quien durmiendo
está ya, pues puedo entrar, 850
supuesto que llave tengo,
y el despacho, por quien vengo,
sin ser sentido sacar.
- (Vase Cosme y vuelve.)
- COSME. Ya el mozo queda advertido;
mas considera, señor, 855
que sin luz es grave error
querer hallarlos, y el ruido,
excusarme no es posible;
porque si luz no nos dan
en el cuarto de Don Juan, 860
¿cómo hemos de ver?
- D. MANUEL. ¡Terrible
es tu enfado!¹⁹ ¿Agora quieres
que le alborote y le llame?
Pues ¿no sabrás (dime, infame,
que causa de todo eres)

¹⁹ Aquí «terrible es tu enfado» quiere decir *eres terriblemente enfadado*.

- por el tiento dónde fue
donde quedaron?
- COSME. No es ésa
la duda; que yo a la mesa,
donde sé que los dejé,
iré a ciegas. 870
- D. MANUEL. Abre presto. 870
- COSME. Lo que a mi temor responde
es que no sabré yo adónde
el duende los habrá puesto;
porque ¿qué cosa he dejado,
que haya vuelto a hallarla yo 875
en la parte que quedó?
- D. MANUEL. Si los hubiere mudado,
luz entonces pediremos;
pero hasta verlo, no es bien
que alborotemos a quien 880
buen hospedaje debemos.
- (Vanse.)
- Cuarto de Don Manuel*
- DOÑA ANGELA y ISABEL, por la alacena
- D.^a ANGELA. Isabel, pues recogida
está la casa, y es dueño
de los sentidos el sueño,
ladrón de la media vida, 885
y sé que el huésped se ha ido,
robarle el retrato quiero
que vi en el lance primero.
- ISABEL. Entra quedo, y no hagas ruido.
- D.^a ANGELA. Cierra tú por allá fuera, 890
y hasta venirme a avisar
no saldré yo, por no dar
en más riesgo.
- ISABEL. Aquí me espera.
(Vase Isabel, cerrando la alacena.)

Salen DON MANUEL y COSME, a oscuras
(Hablando bajo con su amo junto a la puerta.)

COSME. Ya está abierto,
D. MANUEL. Pisa quedo;

que si aquí sienten rumor, 895
será aïboroto mayor.

COSME. ¿Crerasme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
tenernos luz encendida.

D.^a ANGELA. La luz que traje escondida, 900
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya
de descubrir.

(Saca una luz que trajo encubierta en una linterna.)

COSME. (Ap. a su amo.) Nunca ha andado
el duende tan bien mandado.
¡Qué presto la luz nos da! 905

Considera agora aquí
si te quiere bien el duende,
pues que para ti la enciende,
y la apaga para mí.

D. MANUEL. ¡Válgame el cielo! Ya es 910
esto sobrenatural;
que traer con priesa tal
luz, no es obra humana.

COSME. ¿Ves
cómo a confesar viniste
que es verdad?

D. MANUEL. ¡De mármol soy! 915
Por volver atrás estoy

COSME. Mortal eres: ya temiste.

D.^a ANGELA. Hacia aquí la mesa veo,
y con papeles está.

COSME. Hacia la mesa se va. 920

D. MANUEL. ¡Vive Dios, que dudo y creo
una admiración tan nueva!

COSME. ¿Ves cómo nos va guiando,
lo que venimos buscando
sin que veamos quién la lleva? 925

(Doña Angela pone la luz en un candelero que
habrá en la mesa y toma una silla y siéntase
de espaldas a los dos.)

D.^a ANGELA. Pongo aquí la luz, y agora
la escribanía verá.

D. MANUEL. Aguarda, que a los reflejos
de la luz todo se ve;
y no vi en toda mi vida 930
tan soberana mujer.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Hidras²⁰, a mi parecer,
son los prodigios, pues de uno
nacen mil. ¡Cielos! ¿Qué haré? 935

COSME. Despacio lo va tomando.
Silla arrastra.

D. MANUEL. Imagen es
de la más rara beldad,
que el soberano pincel²¹
ha obrado.

COSME. Así es verdad 940
porque sólo la hizo él.

D. MANUEL. Más que la luz resplandecen
sus ojos.

COSME. Lo cierto es,
que son ojos luceros
del cielo de Lucifer. 945

D. MANUEL. Cada cabello es un rayo
de sol.

COSME. Hurtáronlos dél.

D. MANUEL. Una estrella es cada rizo.

²⁰ Hidra, al menos a la que aquí se refiere Calderón, es el monstruo fabuloso que tenía siete cabezas, y habían de cortarse todas de un tajo para que no renacieran, hazaña que ejecutó Hércules, en Lerna, y que constituye uno de sus doce trabajos.

²¹ El soberano pincel es la mano de Dios.

COSME. Si será; porque también
se las trajeron acá, 950
o una arte de las tres²².

D. MANUEL. ¡No vi más rara hermosura!
COSME. No dijeras eso a fe,
si el pie la vieras; porque éstos
son malditos por el pie²³. 955

D. MANUEL. ¡Un asombro de belleza,
un ángel hermoso es!

COSME. Es verdad, pero patudo.

D. MANUEL. ¿Qué es esto, qué intenta hacer
con mis papeles?

COSME. Yo apuesto 960
que querrá mirar y ver
lo que buscas, porque aquí
tenemos menos que hacer
que es duende muy servicial.

D. MANUEL. ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré? 965
Nunca me he visto cobarde,
sino sólo aquesta vez.

COSME. Yo sí, muchas.

D. MANUEL. Y calzado 970
de prisión de hielo el pie,
tengo el cabello erizado,
y cada suspiro es,
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel²⁴.

Mas ¿yo he de tener temor?
¡Vive el cielo que he de ver 975
si sé vencer un encanto!

(Llega y cógela de un brazo.)

Angel, demonio o mujer,

22 Una parte de las tres que se divide el mundo extraterreno: infierno, purgatorio y gloria.

23 Supónensele al demonio pies de macho cabrío. Recuérdese el título de *La dama de pie de cabra*.

24 A causa del susto la respiración se le hacía trabajosa: oprimido el pecho y angustiada la garganta.

a fe que no has de librarte
de mis manos esta vez.

D. ANGELA. ¡Ay infelice de mí! 980
(Aparte.) Fingida su ausencia fue:
más ha sabido que yo.

COSME. De parte de Dios (aquí es
Troya del diablo) nos di...

D. ANGELA. (Ap.) Mas yo disimularé. 985

COSME. ¿Quién eres, y qué nos quieres?

D. ANGELA. Generoso don Manuel
Enriquez, a quien está
guardando un inmenso bien, 990
no me toques, no me llegues
que llegarás a perder
la mayor dicha que el cielo
te previno, por merced
del hado que te apadrina 995
por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
en el último papel,
que nos veríamos presto,
y anteviniendo aquesto fue. 1000
Y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me ves
en la más humana forma
que he podido elegir, ve
en paz, y déjame aquí; 1005
porque aun cumplido no es
el tiempo en que mis sucesos
has de alcanzar y saber.
Mañana lo sabrás todo;
y mira, que a nadie des 1010
parte desto, si no quieres
una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME. Pues que con la paz
nos convida, señor, ¿qué

esperamos?
 D. MANUEL. (¡Vive Dios,
 (Aparte.) que corrido de temer 1015
 vanos asombros estoy!
 Y puesto que no los cré
 mi valor, he de apurar
 todo el caso de una vez.)
 Mujer, quienquiera que seas, 1020
 (que no tengo de creer
 que eres otra cosa nunca),
 ¡vive Dios!, que he de saber
 quién eres, cómo has entrado 1025
 aquí, con qué fin, y a qué.
 Sin esperar a mañana
 esta dicha gozaré;
 si demonio, por demonio,
 y si mujer, por mujer. 1030
 Que a mi esfuerzo no le da
 qué recelar ni temer
 tu amenaza, cuando fueras
 demonio; aunque yo bien sé
 que teniendo cuerpo tú,
 demonio no puede ser, 1035
 sino mujer.

COSME. Todo es uno.
 D.^a ANGELA. No me toques, que a perder
 echas una dicha.

COSME. Dice
 el señor diablo muy bien;
 no la toques, pues no ha sido 1040
 arpa, laúd ni rabel.

D. MANUEL. Si eres espíritu, agora
 con la espada lo veré;
 (Saca la espada.)
 pues aunque te hiera aquí,
 no he de poderte ofender. 1045

D.^a ANGELA. ¡Ay de mí! ¡Detén la espada,

sangriento el brazo detén!
 Que no es bien que des la muerte
 a una infelice mujer. 1050
 Yo confieso que lo soy;
 y aunque es delito el querer,
 no delito que merezca
 morir mal, por querer bien.
 No manches, pues, no desdores
 con mi sangre el rosicler²⁵ 1055
 de ese acero.

D. MANUEL. Di, ¿quién eres?
 D.^a ANGELA. Fuerza el decirlo ha de ser;
 porque no puedo llevar
 tan al fin como pensé
 este amor, este deseo, 1060
 esta verdad, esta fe.
 Pero estamos en peligro,
 si nos oyen, o nos ven,
 de la muerte; porque soy
 mucho más de lo que ves; 1065
 y así es fuerza, por quitar
 estorbos que puede haber,
 cerrar, señor, esa puerta;
 y aun la del portal también;
 porque no puedan ver luz, 1070
 si acaso vienen a ver
 quién anda aquí.

D. MANUEL. Alumbra, Cosme.
 cerremos las puertas. ¿Ves
 cómo es mujer, y no duende?
 COSME. Yo ¿no lo dije también? 1075
 (Vanse los dos.)
 [DOÑA ANGELA, y luego ISABEL]

D.^a ANGELA. Cerrada estoy por defuera.
 Ya, ¡cielos!, fuerza ha de ser
 decir la verdad, supuesto

25 El rosicler de la espada es color de plata rojiza.

100 — CALDERON DE LA BARCA

que me ha cerrado Isabel,
y que el huésped me ha cogido aquí. 1080
(Sale Isabel por la alacena.)

ISABEL. Ce, señora, ce.
Tu hermano por ti pregunta.

D.^a ANGELA. Bien sucede. ¡Ay amor!,
de la alacena. ¡Ay amor!,
la duda se queda en pie. 1085
(Vanse [y cierran la alacena].)

DON MANUEL y COSME

D. MANUEL. Ya están cerradas las puertas,
proseguid, señora; haced
relación... Pero, ¿qué es esto?
¿Dónde está?

COSME. Pues yo ¿qué sé?

D. MANUEL. ¿Si se ha entrado en la alcoba? 1090
Ve delante.

COSME. Yendo a pie,
es, señor, descortesía
ir yo delante.

D. MANUEL. Veré.
todo el cuarto. Suelta, digo.

COSME. Digo que suelto.
(Quítale Don Manuel la luz. entra en el cuarto
y vuelve a salir.)

D. MANUEL. ¡Cruel 1095
es mi suerte.

COSME. Aun bien que agora
por la puerta no se fue.

D. MANUEL. Pues ¿por dónde pudo irse?

COSME. Eso no alcanzo yo. ¿Ves
(siempre te lo he dicho yo) 1100
cómo es diablo, y no mujer?

D. MANUEL. ¡Vive Dios que he de mirar
todo este cuarto, hasta ver
si debajo de los cuadros
rota está alguna pared; 1105

si encubren estas alfombras
alguna cueva, y también
las bovedillas del techo!
Solamente aquí se ve
esta alacena.

COSME.

D. MANUEL. Por ella 1110
no hay que dudar ni temer
siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demás ven.

COSME. Yo no soy nada mirón.

D. MANUEL. Pues no tengo de creer 1115
que es fantástica su forma,
puesto que llegó a temer
la muerte.

COSME. También llegó
a adivinar y saber
qué, a sólo verla esta noche,
habíamos de volver. 1120

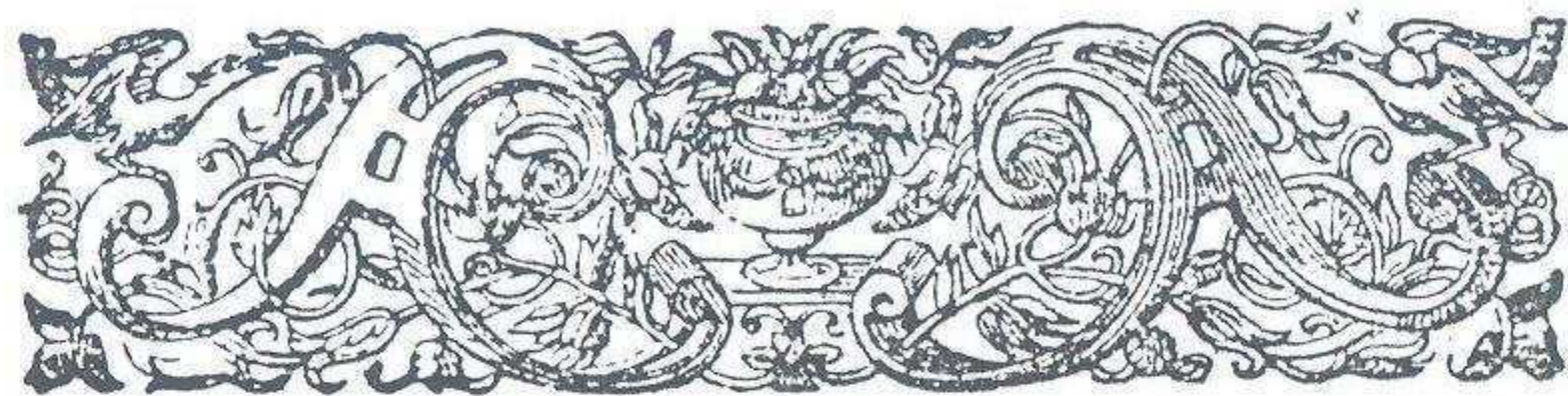
D. MANUEL. Como sombra se mostró,
fantástica su luz fue;
pero como cosa humana,
se dejó tocar y ver. 1125
Como mortal se temió;
receló como mujer;
como ilusión se deshizo;
como fantasma se fue.

COSME. Si doy la rienda al discurso, 1130
no sé, ¡vive Dios!, no sé,
ni qué tengo que dudar,
ni qué tengo de creer.

D. MANUEL. Yo sí.

COSME. ¿Qué?

D. MANUEL. Que es mujer-diablo;
pues que novedad no es, 1135
si la mujer es demonio
todo el año, que una vez,
por desquitarse de tantas,
sea el demonio mujer.



JORNADA TERCERA

Cuarto de Doña Angela

Salen DON MANUEL, a oscuras, y ISABEL guiándole

ISABEL. Espérame en esta sala:
luego saldrá a verte aquí
mi señora.

(Vase, cerrando.)

D. MANUEL. No está mala
la tramoya. ¿Cerró? Sí. 5
¡Qué pena a mi pena iguala!
Yo volví del Escorial,
y este encanto peregrino,
este pasmo celestial
que a traerme la luz vino 10
y me deja en duda igual,
me tiene escrito un papel,
diciendo muy tierna en él:
«Si os atrevéis a venir
a verme, habéis de salir 15
esta noche con aquel
criado que os acompaña.
Dos hombres esperarán
en el cementerio (¡extraña
parte!) de San Sebastián¹,

¹ La iglesia de San Sebastián era relativamente moderna entonces. Se construyó en 1550. Tenía un cementerio anejo, que daba a la calle de las Huertas, y a espaldas de la iglesia llegaba la de San Sebastián o del Viento. Para dejar sitio a nuevos cadáveres, había que estar siempre arrinconando huesos. En una de estas macabras recolecciones desaparecieron los restos de Lope de Vega.

y una silla.» Y no me engaña. 20
En eila entré y discurrí,
hasta que el tino perdi.
Y al fin a un portal de horror,
lleno de sombra y temor,
solo y a oscuras salí. 25
Aquí llegó una mujer,
(al oír y al parecer)
y a oscuras y por el tiento,
de aposento en aposento,
sin oír, hablar, ni ver, 30
me guió. Pero ya veo
luz; por el resquicio es
de una puerta. Tu deseo
lograste, amor, pues ya ves
la dama; aventuras creo. 35

(Acecha por la cerradura.)

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada! 40

(Abren la puerta, y salen varias criadas trayendo toallas, conservas y agua, haciendo reverencias todas al pasar, y detrás de todas, Doña Angela, ricamente vestida.)

[DOÑA ANGELA. CRIADAS. DOÑA BEATRIZ. — DON MANUEL]

D.^a ANGELA. Pues presumen que eres ida
(Ap. a Doña Beatriz.) a tu casa, mis hermanos
quedándote aquí escondida,
los recelos serán vanos;
porque una vez recogida, 45
ya no habrá que temer nada.

D.^a BEATRIZ. ¿Y qué ha de ser mi papel?

D.^a ANGELA. Agora el de mi criada;
luego el de ver, retirada,
lo que me pasa con él. 50

¿Estaréis muy disgustado
de esperarme?

D. MANUEL. No, señora;
que quien espera la aurora,
bien sabe que su cuidado,
en las sombras sepultado 55
de la noche oscura y fría,
ha de tener; y así hacía
gusto el pesar que pesaba;
pues cuanto más se alargaba,
tanto más llamaba al día. 60

Si bien no era menester
pasar noche tan oscura,
si el sol de vuestra hermosura
me había de amanecer;
que para resplandecer 65
vos, soberano arrebol,
la sombra ni el tornasol
de la noche no os había
de estorbar; que sois el día
que amanece sin el sol. 70

Huye la noche, señora,
y pasa a la dulce salva²
la risa bella del alba,
que ilumina, mas no dora.

Después del alba la aurora,
de rayos y luz escasa ,
dora, mas no abrasa. Pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol; y sólo el sol
dora, ilumina y abrasa 75

El alba, para brillar,
quiso a la noche seguir; 80



Dibujo para la representación de *La dama duende*
en el Teatro del Arte, de Moscú

(Valbuena, 222)

² Hay una anotación marginal que dice: *a cantar aves al alba.*

la aurora, para lucir,
 al alba quiso imitar;
 el sol, deidad singular, 85
 a la aurora desafía,
 vos al sol: luego la fría
 noche no era menester,
 si podéis amanecer
 sol del sol después del día. 90

D.^a ANGELA. Aunque agradecer debiera
 discurso tan cortesano,
 quejarme quiero (no en vano),
 de ofensa tan lisonjera;
 pues no siendo ésta la esfera, 95
 a cuyo noble ardimiento
 fatigas padece el viento,
 sino un albergue piadoso,
 os viene a hacer sospechoso
 el mismo encarecimiento. 100

No soy alba, pues la risa
 me falta en contento tanto;
 ni aurora, pues que mi llanto
 de mi dolor no os avisa;
 no soy sol, pues no divisa 105
 mi luz la verdad que adoro,
 y así, lo que soy ignoro;
 que sólo sé que no soy
 alba, aurora o sol; pues hoy
 no alumbro, río, ni lloro. 110

Y así, os ruego que digáis,
 señor Don Manuel, de mí
 que una mujer soy y fui,
 a quien vos sólo obligáis
 al extremo que miráis. 115

D. MANUEL. Muy poco debe de ser;
 pues aunque me liego a ver
 aquí, os pudiera argüir
 que tengo más que sentir,

señora, que agradecer. 120
 Y así, me doy por sentido.
 ¿Vos de mí sentido?
 D.^a ANGELA. Sí,
 D. MANUEL. pues que no fiáis de mí
 quién sois.

D.^a ANGELA. Solamente os pido
 que eso no mandéis; que ha sido 125
 imposible de contar.
 Si queréis venirme a hablar,
 con calidad ha de ser³
 que no lo habéis de saber,
 ni lo habéis de preguntar; 130
 porque para con vos hoy
 un enigma a ser me ofrezco,
 que ni soy lo que parezco,
 ni parezco lo que soy.
 Mientras encubierta estoy, 135
 podréis verme y podré veros;
 porque si a satisfaceros
 llegáis, y quién soy sabéis,
 vos quererme no querréis,
 aunque yo quiera quereros. 140

Pincel que lo muerto informa,
 tal vez un cuadro previene,
 que una forma a una luz tiene,
 y a otra luz tiene otra forma.
 Amor, que es pintor, conforma 145
 dos luces, que en mí tenéis;
 si hoy a aquesta luz me veis,
 y por eso me estimáis,
 cuando a otra luz me veáis,
 quizá me aborreceréis. 150

Lo que deciros me importa
 es, en cuanto a haber creído

3 *Calidad*, carácter. Quiere decir Doña Angela: ha de ser con tal carácter «que no lo habéis de saber — ni lo habéis de preguntár».

- que de Don Luis dama he sido,
que esta sospecha reporta
mi juramento, y la acorta. 155
- D. MANUEL. Pues ¿qué, señora, os moviera
a encubriros dél?
- D.^a ANGELA. Pudiera
ser tan principal mujer,
que tuviera que perder
si Don Luis me conociera. 160
- D. MANUEL. Pues decirme solamente,
¿cómo a mi casa pasáis?
- D.^a ANGELA. Ni eso es tiempo que sepáis;
que es el mismo inconveniente.
- D.^a BEATRIZ. (*Ap.* Aquí entro yo lindante.) 165
Ya el agua y dulce está aquí;
vuexcelencia mire si...
- (*Llegan todas con las toallas, agua y algunas
cajas de dulce.*)
- D.^a ANGELA. ¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es excelencia?
¿Quiéres engañar así 170
ahora al señor Don Manuel,
para que con eso crea
que yo gran señora sea?
- D.^a BEATRIZ. Advierte...
- D. MANUEL. De mi cruel 175
(*Aparte.*) duda salí con aquel
descuido; agora he creído
que una gran señora ha sido,
que, por serlo, se encubrió,
y que con el oro vio
su secreto conseguido. 180
- [DON JUAN. — DICHOS]
- D. JUAN. (*Dentro.*) Abre, Isabel, esta puerta.
- D.^a ANGELA. (*Ap.*) ¡Ay cielos! ¿Qué ruido es éste?
- ISABEL. ¡Yo soy muerta!

- D.^a BEATRIZ. (*Aparte.*) ¡Helada estoy!
- D. MANUEL. ¿Aun no cesan mis crueles
fortunas? ¡Válgame el cielo!
- D.^a ANGELA. Señor, mi padre es aquéste.
- D. MANUEL. ¿Qué he de hacer?
- D.^a ANGELA. Fuerza es que váis
a esconderos a un retrete⁴
Isabel llévale tú,
hasta que oculto le dejes 190
en aquel cuarto que sabes,
apartado; ya me entiendes.
- ISABEL. Vamos presto.
- D. JUAN. (*Dentro.*) ¿No acabáis
de abrir la puerta?
- D. MANUEL. ¡Valedme,
cielo, que vida y honor 195
van jugadas a una suerte!
- (*Vase Don Manuel con Isabel.*)
- D. JUAN. (*Dentro.*) La puerta echaré en el suelo.
- D.^a ANGELA. Retírate tú, pues puedes,
en esa cuadra, Beatriz;
no te hallen aquí.
- (*Vase Doña Beatriz y sale Don Juan.*)
- D.^a ANGELA. ¿Qué quieres 200
a estas horas en mi cuarto,
que así a alborotarnos vienes?
- D. JUAN. Respóndeme tú primero,
Angela, ¿qué traje es ése?
- D.^a ANGELA. De mis penas y tristezas 205
es causa el mirarme siempre
llena de luto, y vestíme,
por ver si hay con qué me alegre,
estas galas.
- D. JUAN. No lo dudo;
que tristezas de mujeres 210

⁴ Cuarto pequeño para retirarse. La acepción que hoy tiene se debe a la costumbre de guardar, en uno de estos cuartos pequeños, los recipientes para exonerar el vientre.

- bien con galas se remedian;
bien con joyas convalecen;
si bien me parece que es
tu cuidado impertinente.
- D.^a ANGELA. ¿Qué importa el vestirme así,
donde nadie llegue a verme? 215
- D. JUAN. Dime, ¿volvióse Beatriz
a su casa?
- D.^a ANGELA. Y cuerdamente
su padre, por mejor medio,
en paz su enojo convierte. 220
- D. JUAN. Yo no quise saber más,
ir a ver si pudiese
verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte
que ya no es tuyo ese traje. 225
- D.^a ANGELA. Vaya Dios contigo, y vete.
(Vase Don Juan y vuelve Doña Beatriz.)
- D.^a ANGELA. Cierra esa puerta, Beatriz.
D.^a BEATRIZ. Bien hemos salido deste
susto. A buscarme tu hermano
va.
- D.^a ANGELA. Ya hasta que se sosiegue
más la casa, y Don Manuel
vuelva de su cuarto a verme,
para ser menos sentidas,
entremos a ese retrete. 230
- D.^a BEATRIZ. Si eso te sucede bien,
te llamen la Dama Duende. 235

(Vase.)

Cuarto de Don Manuel

DON MANUEL y ISABEL, que salen, a oscuras, de la alacena

- ISABEL. Aquí has de quedarte, y mira
que no hagas ruido; que pueden
sentirte.

- D. MANUEL. Un mármol seré
ISABEL. Quieran los cielos que acierte
a cerrar, que estoy turbada. 240
(Vase.)
- D. MANUEL. ¡Oh, a cuánto, cielos, se atreve
quien se atreve a entrar en parte,
donde ni alcanza ni entiende
qué daños se le aperciben,
qué riesgos se le previenen! 245
Veme aquí a mí en una casa,
que dueño tan noble tiene
(de excelencia por lo menos).
lleno de asombros crueles,
y tan lejos de la mía. 250
Pero ¿qué es esto? Parece
que a esta parte alguna puerta
abren. Sí, y ha entrado gente.
- Sale COSME*
- COSME. Gracias a Dios que esta noche
entrar podré libremente 255
(A tientas.)
en mi aposento sin miedo,
aunque sin luz salga y entre;
porque el duende mi señor
puesto que a mi amo tiene,
¿para qué me quiere a mí? 260
(Encuentra con don Manuel.)
Pero para algo me quiere.
¿Quién va? ¿Quién es?
- D. MANUEL. Calle, digo,
quienquiera que es, si no quiere
que le mate a puñaladas. 265
- COSME. No hablaré más que un pariente
pobre, en la casa de un rico.
- D. MANUEL. *(Criado sin duda es éste,
(Aparte.) que acaso ha entrado hasta aquí
Dél informarme conviene* 270

COSME. dónde estoy.) Dime, ¿qué casa
 es ésta, y qué dueño tiene?
 Señor, el dueño y la casa
 son del diablo que me lleve;
 porque aquí vive una dama,
 que llaman la Dama Duende,
 que es un demonio en figura
 de mujer. 275

D. MANUEL. Y tú ¿quién eres?
 COSME. Soy un fámulo o criado;
 soy un súbdito, un sirviente,
 que, sin qué ni para qué,
 estos encantos padece. 280

D. MANUEL. Y ¿quién es tu amo?
 COSME. Es
 un loco, un impertinente,
 un tonto, un simple, un menguado,
 que por tal dama se pierde. 285

D. MANUEL. Y ¿es su nombre?
 COSME. Don Manuel
 Enríquez.

D. MANUEL. ¡Jesús mil veces!
 COSME. Yo Cosme Catiboratos
 me llamo.

D. MANUEL. ¡Cosme! ¿Tú eres? 290
 Pues ¿cómo has entrado aquí?
 Tu señor soy. Dime ¿vienes
 siguiéndome tras la silla?
 Entraste tras mí a esconderte
 también en este aposento? 295

COSME. ¡Lindo desenfado es ése!
 Dime, ¿cómo estás aquí?
 ¿No te fuiste muy valiente,
 solo, donde te esperaban?
 Pues ¿cómo tan presto vuelves? 300
 ¿Y cómo, en fin, has entrado
 aquí, trayendo yo siempre

la llave de aqueste cuarto?
 D. MANUEL. Pues, dime ¿qué cuarto es éste?
 COSME. El tuyo, o el del demonio, 305
 D. MANUEL. ¡Viven los cielos, que mientes!
 Porque lejos de mi casa,
 y en otra bien diferente
 estaba en aqueste instante.

COSME. Pues cosas serán del duende,
 la verdad pura. 310

D. MANUEL. Tú quieres
 que pierda el juicio.

COSME. ¿Hay más
 de desengañarte? Vete
 por esa puerta, y saldrás
 al portal, adonde puedes
 desengañarte. 315

D. MANUEL. Bien dices:
 ire a examinarle y verle.

(Vase.)

COSME. ¡Señores, cuándo saldremos
 de tanto embuste aparente!
 sin duda, porque te he dicho 320

(Sale Isabel por la alacena.)
 [ISABEL y COSME: después DON MANUEL]

ISABEL. (Volvióse a salir Don Juan,
 (Aparte.) y porque a saber no llegue
 Don Manuel, adónde está,
 sacarle de aquí conviene.)
 Ce, señor, ce⁵.

COSME. (Aparte.) Esto es peor;
 ceáticas⁶ son estas cees. 325

ISABEL. Ya mi señor recogido
 queda.

⁵ Del latino *ecco*, interjección anticuada con que se llama o detiene a alguien.

⁶ *Ciática* (es lo que creemos que dice Cosme) es una enfermedad con agudo dolor de cadera o nervio ciático.

COSME. (Ap.) ¿Qué señor es éste?
(Vuelve Don Manuel.)
D. MANUEL. Este es mi cuarto en efeto.
ISABEL. ¿Eres tú?
COSME. Sí, yo soy.
ISABEL. Vente conmigo. 330

D. MANUEL. Tú dices bien.
ISABEL. No hay que temer, no receles.
COSME. ¡Señor, que el duende me lleva!
(Toma Isabel a Cosme de la mano y llévale por la alacena.)

D. MANUEL. ¿No sabremos finalmente de dónde nace este engaño? 335
¿No respondes? ¡Qué necio eres!
¡Cosme, Cosme! — ¡Vive el cielo, que toco con las paredes!

¿Yo no hablaba aquí con él? 340
¿Dónde se desaparece tan presto? ¿No estaba aquí?

Yo he de perder dignamente el juicio. Mas, pues es fuerza que aquí otro cualquiera entre, he de averiguar por dónde; 345

porque tengo de esconderme en esta alcoba, y estar esperando atentamente, hasta averiguar quién es esta hermosa dama duende. 350

(Vase.)

Sala de Doña Angela

Salen DOÑA ANGELA, DOÑA BEATRIZ, CRIADAS:
después COSME y ISABEL

D.^a ANGELA. Pues a buscarte ha salido (A Doña Beatriz.) mi hermano, y pues Isabel a su mismo cuarto ha ido

a traer a Don Manuel, esté todo apercebido. 355

Halle, cuando llegue aquí, la colación prevenida. Todas le esperad así.

D.^a BEATRIZ. No he visto en toda mi vida igual cuento.

D.^a ANGELA. ¿Viene? 360
CRIADA. Sí.
que ya siento sus pisadas.

(Sale Isabel, trayendo de la mano a Cosme.)

COSME. ¡Triste de mí! ¿Dónde voy? Ya éstas son burlas pesadas. Mas no, pues mirando estoy bellezas tan extremadas. 365

¿Yo soy Cosme, o Amadís?
¿Soy Cosmillo, o Belianís?
ISABEL. Ya viene aquí. Mas ¿qué veo? ¡Señor!...

COSME. (Ap.) Ya mi engaño creo, pues tengo el alma en un tris. 370

D.^a ANGELA. ¿Qué es esto, Isabel?
ISABEL. (Ap. a su ama.) Señora, donde a Don Manuel dejé, volviendo por él agora, a su criado encontré.

D.^a BEATRIZ. Mal tu descuido se dora. 375
ISABEL. Está sin luz.

D.^a ANGELA. ¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.
D.^a BEATRIZ. (Ap. Más vale engañarle así.) Cosme.

COSME. Damiana?
D.^a BEATRIZ. A ese lado
llegad.

7 Lo chispeante de la respuesta y el desenfado del cuentecillo hacen honor a la vena cómica de un hombre tan profundo y transcendentalista.

COSME. Bien estoy aquí. 380
 D.^a ANGELA. Llegad; no tengáis temor.
 COSME. ¿Un hombre de mi valor,
 temor?
 D.^a ANGELA. Pues ¿qué es no llegar?
 (Llégase a ellas.)
 COSME. (Ya no se puede excusar,
 (Aparte.) en llegando al pundonor.) 385
 Respeto no puede ser
 sin ser espanto ni miedo.
 porque al mismo Lucifer,
 temerle muy poco puedo
 en hábito de mujer. 390
 Alguna vez lo intentó.
 y para el ardid que fragua,
 cota y nagua se vistió;
 que esto de cotilla y nagua
 el demonio lo inventó. 395
 En forma de una doncella
 aseada, rica y bella
 a un pastor se apareció;
 y él, así como la vio,
 se encendió en amores della. 400
 Gozó a la diabla, y después
 con su forma horrible y fea
 le dijo a voces: «No ves,
 mísero de ti. cuál sea,
 desde el copete a los pies, 405
 la hermosurá que has amado?
 Desespera, pues has sido
 agresor de tal pecado.»
 Y él, menos arrepentido
 que antes de haberla gozado, 410
 la dijo: «Si pretendiste,
 ¡oh sombra fingida y vana!

8 Cota o cotilla, corsé, justillo emballenado. Nagua, aléresis de enaguas; falda interior que usaban las mujeres, guarnecida a menudo de randas, volantes y ricos encajes.

que desesperase un triste,
 vente por acá mañana
 en la forma que trajiste; 415
 verásme amante y cortés
 no menos que antes después;
 y guárdate, en testimonio
 de que aun horrible no es
 en traje de hembra, un demonio, 420
 D.^a ANGELA. Volved en vos, y tomad
 una conserva y bebed;
 que los sustos causan sed.
 COSME. Yo no la tengo.
 D.^a BEATRIZ. Llegad;
 que habéis de volver, mirad, 425
 doscientas leguas de aquí.
 COSME. ¡Cielos! ¿Qué oigo?
 (Llaman.)
 D.^a ANGELA. ¿Llaman?
 D.^a BEATRIZ. Sí.
 ISABEL. (Ap.) ¡Hay tormento más cruel!
 D.^a ANGELA. (Ap.) ¡Ay de mí, triste!
 [DON LUIS — DICHO]
 D. LUIS. (Dentro.) Isabel.
 D.^a BEATRIZ. (Ap.) ¡Válgame el cielo!
 D. LUIS. (Dentro.) Abre aquí. 430
 D.^a ANGELA. Para cada susto tengo
 (Aparte.) un hermano.
 ISABEL. ¡Trance fuerte!
 D.^a BEATRIZ. Yo me escondo.
 (Vase.)
 COSME. (Aparte.) Este sin duda
 es el verdadero duende.
 ISABEL. (A Cosme.) Vente conmigo.
 COSME. Si haré. 435
 (Vanse.)
 (Abren la puerta y sale Don Luis.)
 D.^a ANGELA. ¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?

D. LUIS. Pesares míos me traen.
a estorbar otros placeres.
Vi ya tarde en ese cuarto
una silla, donde vuelve 440
Beatriz, y vi que mi hermano
entró.

D.^a ANGELA. Y en fin, ¿qué pretendes?
D. LUIS. Como pisa sobre el mío,
me pareció que había gente,
y para desengañarme 445
solo, he de mirarle y verle.

(Alza una antepuerta y encuentra a Doña
Beatriz.)

Beatriz, ¿aquí estás?
(Sale Doña Beatriz.)

D.^a BEATRIZ. Aquí
estoy: que hube de volverme,
porque al disgusto volvió
mi padre, enojado siempre. 450

D. LUIS. Turbadas estáis las dos.
¿Qué notable estrago es éste
de platos, dulces y vidrios?

D.^a ANGELA. ¿Para qué informarte quieres
de lo que, en estando solas,
se entretienen las mujeres? 455

(Hacen ruido en la alacena Isabel y Cosme.)

D. LUIS. Y aquel ruido, ¿qué es?
D.^a ANGELA. (Aparte.) ¡Yo muero!
D. LUIS. ¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano
quien se guarda desta suerte. 460

(Toma una luz.)

¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
que queriendo neciamente
estorbar aquí los celos,
que amor en mi pecho enciende,
celos de honor averiguo! 465
Luz tomaré, aunque imprudente,

pues todo se halla con luz,
y el honor con luz se pierde.

(Vase.)

D.^a ANGELA. ¡Ay, Beatriz, perdidas somos
si le encuentra!

D.^a BEATRIZ. Si le tiene 470
en su cuarto ya Isabel,
en vano dudas y temes,
pues te asegura el secreto
de la alacena.

D.^a ANGELA. ¿Y si fuese 475
tal mi desdicha, que allí,
con la turbación, no hubiese
cerrado bien Isabel,
y él entrase allá?

D.^a BEATRIZ. Ponerte
en salvo será importante.

D.^a ANGELA. De tu parte iré a valerme 480
como él se valió de mí;
porque trocaba la suerte,
si a ti te trajo un pesar,
a mí otro pesar me lleve.

(Vanse.)

Cuarto de Don Manuel

Salen ISABEL, COSME, DON MANUEL: después DON LUIS

ISABEL. Entra presto
(Vase.)

D. MANUEL. Ya otra vez 485
en la cuadra siento gente.

(Sale Don Luis con luz.)

D. LUIS. (Ap.) Yo vi un hombre, ¡vive Dios!
COSME. Malo es esto.

D. LUIS. ¿Cómo tienen
desviada esta alacena?

COSME. Ya se ve luz; un bufete,
que he encontrado aquí me valga. 490
(*Escóndese debajo del bufete.*)

D. MANUEL. Esto ha de ser desta suerte.
(*Metete mano a la espada.*)

D. LUIS. ¡Don Manuel!

D. MANUEL. ¡Don Luis! ¿Qué es esto?

COSME. ¿Quién vio confusión más fuerte?
¡Oigan por dónde entró! 495
(*Aparte.*) Decirlo quise mil veces.

D. LUIS. ¡Mal caballero!, ¡villano!
Traidor, fementido huésped,
que al honor de quien te estima,
te ampara y te favorece, 500
sin recato te aventuras,
(*Saca la espada.*)
y sin decoro te atreves,
esgrime ese infame acero.

D. MANUEL. Sólo para defenderme
la esgrimiré, tan confuso 505
de oírte, escucharte y verte,
de oírme, verme y escucharme,
que, aunque a matarme te ofreces,
no podrás, porque mi vida,
hecha a prueba de crueles 510
fortunas, es inmortal;
ni podrás, aunque lo intentes,
darme la muerte, supuesto
que el dolor no me da muerte;
que, aunque eres valiente tu, 515
es el dolor más valiente.

D. LUIS. No con razones me venzas,
sino con obras.

D. MANUEL. Detente,
sólo hasta pensar si puedo
yo, Don Luis, satisfacerte. 520

D. LUIS. ¿Qué satisfacciones hay,
si así agraviarme pretendes?

Si en el cuarto de esa fiera
por esa puerta que tiene
entras, ¿hay satisfacciones 525
a tanto agravio?

D. MANUEL. Mil veces
rompa esa espada mi pecho.
Don Luis, si yo eternamente
supe desta puerta, o supe
que paso a otro cuarto tiene. 530

D. LUIS. Pues ¿qué haces aquí encerrado
sin luz?

D. MANUEL. (*Ap.*) (¿Qué he de responderle?)
Al criado espero.

D. LUIS. Cuando
yo te he visto esconder, ¿quieres
que mientan mis ojos?

D. MANUEL. Sí, 535
que ellos engaño padecen
más que otro sentido.

D. LUIS. Y cuando
los ojos mientan, ¿pretendes
que también mienta el oído?

D. MANUEL. También.

D. LUIS. Todos al fin mienten; 540
tú solo dices verdad,
y eres tu solo el que...

D. MANUEL. Tente,
porque aun antes que lo digas,
que lo imagines y pienses,
te habre quitado la vida; 545
y, ya arrestada la suerte,
primero soy yo. Perdonen
de amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
riñamos como se debe: 550
parte entre los dos la luz,
que nos alumbre igualmente;

cierra después esa puerta,
por donde entraste imprudente,
mientras que yo cierro estotra; 555
y agora en el suelo se eche
la llave, para que salga
el que con vida quede.

D. LUIS. Yo cerraré la alacena
por aquí, con un bufete, 560
porque no puedan abrirla
por allá, cuando lo intenten.
(Levanta el bufete y halla a Cosme.)
COSME. *(Ap. Descubrióse la tramoya.)*
D. LUIS. ¿Quién está aquí?
D. MANUEL. ¡Dura suerte
es la mía! 565

COSME. No está nadie
D. LUIS. Dime, Don Manuel, ¿no es éste
el criado que esperabas?

D. MANUEL. Ya no es tiempo de hablar éste.
Yo sé que tengo razón; 570
créd de mí lo que quisierais
que, con la espada en la mano,
sólo ha de vivir quien vence.

D. LUIS. Ea, pues, reñid los dos.
¿Qué esperáis?

D. MANUEL. Mucho me ofendes,
si eso presumes de mí. 575
Pensando estoy qué ha de hacerse
del criado; porque echarle
es enviar quién lo cuente,
y tenerle aquí ventaja,
a mi lado.
pues es cierto ha de ponerse 580
a mi lado.

COSME. No haré tal.
D. LUIS. si ése es el inconveniente.
Puerta tiene aquesa alcoba
a ese pequeño retrete;
ciérrale en él, y estaremos 585

así iguales.
D. MANUEL. Bien adviertes.
COSME. Para que yo riña, haced
diligencias tan urgentes;
que para que yo no riña,
ocioso cuidado es ése. 590
(Vase.)

D. MANUEL. Ya estamos solos los dos.
D. LUIS. Pues nuestro duelo comience.
(Riñen.)

D. MANUEL. ¡No vi más templado pulso!
D. LUIS. ¡No vi pujanza más fuerte!
(Desguarnécesele la espada.)
Sin armas estoy; mi espada 595
se desarma y desguarnece.

D. MANUEL. No es defeto del valor;
de la fortuna accidente
sí: busca otra espada, pues.

D. LUIS. Eres cortés y valiente. 600
(Aparte.) (Fortuna, ¿qué debo hacer
en una ocasión tan fuerte,
pues cuando el honor me quita
me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasión, 605
verdadera o aparente,
para que pueda en tal duda
pensar lo que debe hacerse.)
¿No vas por espada?

D. MANUEL. Sí,
D. LUIS. y, como a que venga esperes,
610
presto volveré con ella.

D. MANUEL. Presto o tarde, aquí estoy siempre.
D. LUIS. Adiós, Don Manuel, que os guarde.
D. MANUEL. Adiós, que con bien os lleve.
(Vase DON LUIS)

D. MANUEL. Cierro la puerta, y la llave 615
quito porque no se eche
de ver que está gente aquí.

¡Qué confusos pareceres
mi pensamiento combaten,
y mi discurso resuelven! 620
¡Que bien predije, que había
puerta que paso la hiciese,
y que era de Don Luis dama!
Todo, en efeto, sucede
como yo lo imaginé. 625
¿Mas cuándo desdichas mienten?
¡Ah señor! Por vida tuya
que lo que solo estuvieres,
me echés allá, porque temo
que venga a buscarme el duende 630
con sus dares y tomares,
con sus dimes y diretes,
en un retrete que apenas
se divisan las paredes.
D. MANUEL. Yo te abriré, porque estoy 635
tan rendido a los desdenes
del discurso⁹, que no hay
cosa que más me atormente.
(*Entra Don Manuel donde entró Cosme.*)

*Salen DOÑA ANGELA, con manto; DON JUAN, que se queda
a la puerta del cuarto. [DON MANUEL, COSME, dentro]*

D. JUAN. Aquí quedarás en tanto 640
que me informe y me aconseje
de la causa que a estas horas
te ha sacado de esta suerte
de casa; porque no quiero
que en tu cuarto, ingrata, entres,
por informarme sin ti 645
de lo que a ti te sucede.
(*Aparte.*) (De Don Manuel en el cuarto
la dejo, y por si él viniere,

⁹ El discurso le abandonaba; estaba rendido de discurrir sobre tales enredos.

pondré a la puerta un criado
que le diga que no entre.) 650
(*Vase.*)
D.^a ANGELA. ¡Ay infelice de mí!
Unas a otras suceden
mis desdichas. ¡Muerta soy!
(*Salen Don Manuel y Cosme.*)

COSME. Salgamos presto.
D. MANUEL. ¿Qué temes?
COSME. Que es demonio esta mujer, 655
y que, aun allí, no me deje.
D. MANUEL. Si ya sabemos quién es,
y en una puerta un bufete
y en otra la llave está,
¿Por dónde quieres que entre? 660
COSME. Por donde se le antojare.
D. MANUEL. Necio estás.
(*Ve Cosme a Doña Angela.*)

COSME. ¡Jesús mil veces!
D. MANUEL. Pues ¿qué es eso?
D.^a ANGELA. El *verbi gratia*
encaja aquí lindamente.
D. MANUEL. ¿Eres ilusión o sombra, 665
mujer, que a matarme vienes?
Di, ¿cómo has entrado aquí?
D.^a ANGELA. Don Manuel...
D. MANUEL. Di.
D.^a ANGELA. Escucha, atiende.
Llamó Don Luis turbado, 670
entró atrevido, reportóse osado,
prevínose prudente,
pensó discreto y resistió valiente;
miró la casa ciego,
recorrióla advertido, hallóte, y luego 675
ruido de cuchilladas
habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza

que dos hombres cerrados, a quien fuerza
 su valor y su agravio, 680
 retórico el acero, mudo el labio,
 no acaban de otra suerte,
 que con sola una vida y una muerte;
 sin ser vida ni alma,
 mi casa dejo, y a la oscura calma 685
 de la tiniebla fría,
 pálida imagen de la dicha mía,
 a caminar empiezo:
 aquí yerro, allí caigo, aquí tropiezo,
 y torpes mis sentidos, 690
 prisión hallan de seda en mis vestidos.
 Sola triste y turbada,
 llevo de mi discurso mal guiada
 al umbral de una esfera¹⁰,
 que fue mi cárcel, cuando ser debiera 695
 mi puerto o mi sagrario.
 ¿Mas dónde le ha de hallar un desdichado?
 Estaba a sus umbrales
 (¡cómo eslabona el cielo nuestros males!)
 Don Juan, Don Juan mi hermano..., 700
 que ya resisto, ya definiendo en vano
 decir quién soy, supuesto
 que el haberlo callado nos ha puesto
 en riesgo extraño.
 ¿Quién crêrá que el callarme haya hecho da
 siendo mujer? Y es cierto, [ño 705
 siendo mujer, que por callar me he muerto.
 En fin, él esperando
 a esta puerta estaba, ¡ay cielo!, cuando
 ya a sus umbrales llevo, 710
 hecha volcán de nieve, Alpe de fuego¹¹

El a la luz escasa
 con que la luna mansamente abraza,
 vio brillar los adornos de mi pecho,
 (no es la primer traición que nos han hecho
 y escuchó de las ropas el ruido [715
 (no es la primera vez que nos han vendido.)
 Pensó que era su dama,
 y llegó, mariposa de su llama,
 para abrasarse en ella, 720
 y hallóme a mi por sombra de su estrella.
 ¿Quién de un galán creyera
 que, buscando sus celos, conociera
 tan contrarios los cielos,
 que ya se contentara con sus celos? 725
 Quiso hablarme, y no pudo;
 que siempre ha sido el sentimiento mudo
 En fin, en tristes voces,
 que mal formadas anegó veloces¹²
 desde la lengua al labio, 730
 la causa solícita de su agravio.
 Yo responderle intento,
 (ya he dicho cómo es mudo el sentimiento)
 y aunque quise, no pude;
 que mal al miedo la razón acude, 735
 si bien busqué colores a mi culpa¹³;
 mas cuando anda al buscarse la disculpa,
 o tarde o nunca llega;
 más el delito afirma, que le niega.
 «Ven, dijo, hermana fiera, 740
 de nuestro antiguo honor mancha primera;
 dejaréte encerrada
 donde segura estés y retirada,
 hasta que cuerdo y sabio
 de la ocasión me informe de mi agravio.» 745
 Entré donde los cielos

10 Refiérese al portal de su casa, que había sido prisión para ella.

11 En esas metáforas expresa Doña Angela sus encontrados sentimientos: teniendo dentro un volcán estaba helada; y era como nevada montaña que encerrase fuego.

12 Preciosas imágenes esmaltan este relato: las palabras se ahogaban, desde la lengua al labio, por la violenta emoción.

13 Color, en acepción figurada es pretexto, motivo.

mejoraron, con verte, mis desvelos.
 Por haberte querido,
 fingida sombra de mi casa he sido;
 por haberte estimado, 750
 sepulcro vivo fui de mi cuidado;
 porque no te quisiera,
 quien el respeto a tu valor perdiera;
 porque no te estimara,
 quien su pasión dijera cara a cara¹⁴. 755
 Mi intento fue el quererte,
 mi fin amarte, mi temor perderte,
 mi miedo asegurarte,
 mi vida obedecerte, mi alma hallarte,
 mi deseo servirte, 760
 y mi llanto, en efeto, persuadirte
 que mi daño repares,
 que me valgas, me ayudes y me ampires¹⁵.
 D. MANUEL. (Ap. Hidras parecen las desdichas mías
 al renacer de sus cenizas frías. 765
 ¿Qué haré en tan ciego abismo
 humano laberinto de mí mismo?
 Hermana es de Don Luis, cuando creía
 que era dama. Si tanto (¡ay Dios!) sentía
 ofenderle en el gusto, 770
 ¿qué será en el honor? ¡Tormento injusto!
 Su hermana es: si pretendo
 remitiendo a mi acero su disculpa,
 librarla, y con mi sangre la defiende,
 es ya mayor mi culpa, 775
 pues es decir que he sido
 traidor, y que a su casa he ofendido,
 pues en ella me halla.
 Pues querer disculparme con culpalla,

14 Es difícil de comprender, para nosotros, tan alambicado razonamiento: si ella hubiese confesado su amor, diciendo quién era, don Manuel, por respeto a sus huéspedes, hubiese huido de ella.

15 Declaración más fogosa y contra el orden natural no cabe. Es éste un momento romántico de los muchos en que Calderón se anticipa en dos centurias a su época.

es decir que ella tiene 780
 la culpa, y a mi honor no le conviene.
 Pues ¿qué es lo que pretendo?
 si es hacerme traidor si la defiende;
 si la dejo, villano;
 si la guardo, mal huésped; inhumano, 785
 si a su hermano la entrego.
 Soy mal amigo si a guardarla llevo;
 ingrato, si la libro, a un noble amor ingrato.
 Pues ¿qué es lo que pretendo? 790
 mal puesto he de quedar, matando muera.)
 No receles, señora (A Doña Angela.)
 noble soy, y conmigo estás agora.

(Llaman a la puerta.)

D.^a ANGELA.
 D. MANUEL.

Que llaman, señor.

Don Luis

será, que fue por espada. 795
 Abre, pues.

D.^a ANGELA.

¡Ay de mí, triste!
 mi hermano es.

D. MANUEL.

No temas nada,
 pues mi valor te defiende.
 Ponte luego a mis espaldas.

(Pónense Doña Angela detrás de Don Manuel,
 y abre la puerta Cosme.)

Sale DON LUIS

D. LUIS.

Ya vuelvo.—Pero ¿qué miro?
 ¡Traidora!... 800

(Ve a Doña Angela y saca la espada.)

D. MANUEL.

Tened la espada,
 señor Don Luis. Yo os he estado
 esperando en esta sala
 desde que os fuisteis; y aquí
 (sin saber cómo) esta dama 805
 entró, que es hermana vuestra,
 según dice; que palabra

os doy, como caballero,
que no la conozca. Y basta
decir, que engañado pude, 810
sin saber a quien, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
a riesgo de vida y alma:
de suerte que nuestro duelo,
que había a puerta cerrada 815
de acabarse entre los dos,
a ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
yo volveré a la demanda
de nuestra pendencia; y pues 820
en quien sustenta su fama,
espada y honor han sido
armas de más importancia,
dejadme ir vos por honor,
pues yo os dejé ir por espada. 825
Yo fui por ella; mas sólo
para volver a postrarla
a vuestros pies; y cumpliendo
con la obligación pasada
en que entonces me pusisteis, 830
pues que me dais nueva causa,
puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana:
no la ha de llevar ninguno 835
a mis ojos de su casa,
sin ser su marido. Así,
si os empeñáis a llevarla,
con la mano¹⁶ podrá ser;
pues con aquea palabra
podéis llevarla y volver, 840
si queréis, a la demanda.

D. MANUEL. Volveré; pero advertido
de tu prudencia y constancia,
a sólo echarme a esos pies. 845
D. LUIS. Alza del suelo; levanta.
D. MANUEL. Y para cumplir mejor
con la obligación jurada,
a tu hermana doy la mano.

Salen DOÑA BEATRIZ, ISABEL y DON JUAN

D. JUAN. Si sólo el padrino falta,
aquí estoy yo, que viniendo 850
adonde dejé a mi hermana,
el oíros me detuvo
no salir a las desgracias,
como he salido a los gustos.
D.^a BEATRIZ. Y pues con ellos se acaban,
no se acaben sin terceros. 855
D. JUAN. Pues ¿tú, Beatriz, en mi casa?
D.^a BEATRIZ. Nunca salí della; luego
te podré decir la causa. 860
D. JUAN. Logremos esta ocasión,
pues tan a voces nos llama.
COSME. ¡Gracias a Dios que ya el duende
se declaró.—Dime, ¿estaba
borracho? (A don Manuel.)
D. MANUEL. Si no lo estás,
hoy con Isabel te casas. 865
COSME. Para estarlo fuera eso:
mas no puedo.
ISABEL. ¿Por qué causa?
COSME. Por no malograr el tiempo
que en estas cosas se gasta,
pudiéndolo aprovechar 870
en pedir de nuestras faltas
perdón: y humilde el autor
os le pide a vuestras plantas.

FIN DE «LA DAMA DUENDE»

¹⁶ Darle la mano a una mujer, era obligarse, con promesas de casamiento, como vemos al final de todas las comedias clásicas.



JUICIOS ACERCA DE LA COMEDIA CALDERONIANA DE CAPA Y ESPADA

"La invención, formación y solución de enredos complicadísimos; las discreciones, las agudezas, las galanterías, los enamoramientos repentinos; las rondas, las entradas clandestinas y los escalamientos de casas; el punto de honor, la espada en la mano, el duelo por cualquier cosa y el matarse un caballero por castigar en otro lo que él mismo ejecutaba; las damas altivas y al mismo tiempo fáciles y prontas a burlar a su padres y hermanos, escondiendo a sus galanes aun en sus mismos retretes; las citas nocturnas a rejas y jardines; los criados pícaros, las criadas doctas en todo género de tercería, por cuya razón hacen siempre parte principal de la trama; y, en fin, la pintura exagerada de los galanteos de aquel tiempo y los lances a que daban motivo, todo era suyo."

Ignacio de Luzán. *La Poética*. Madrid, 1789.

"En lo que brilla el gran talento de Calderón no es en la parte de caracteres sino en el artificio dramático cualidad preciosa que le valió en su tiempo tantos aplausos, que le sostiene todavía con crédito en nuestro teatro y que le ha adquirido gran renombre en el extranjero, especialmente en el de Alemania. En la mayor parte de los dramáticos se nota escasez y dificultad en la invención y en la trama; en Calderón sólo se advierte exceso y demasía... A veces es tal la abundancia de incidentes, que su peso cansa y agobia, y tan artificioso el enredo dramático, que antes parece maraña que nudo".

Manuel de la Rosa. *Apéndice sobre la comedia española*. París, 1827.

Calderón, que siguiendo las pisadas de Lope había de poner en escena competencias de amor, siempre que manejara asuntos profanos, miró alrededor de sí, miróse así propio, y no viendo en sí ni en el resto de la sociedad española más elementos socia-

les y dramáticos que honor y galantería, tomó lo más bello de aquél y lo más brillante de ésta y abrió en el teatro cátedra pública de galantería y honor, proponiendo por modelos un caballero y una dama típicos que reprodujo continuamente. El caballero está allí fiel y maravillosamente delineado; la dama aparece con más esplendor que verdad, porque en el caballero español todo lo bello era dramático, y en la mujer principal española no era dramático todo lo bello. El caballero español era valiente, apasionado y celoso; defendía a la mujer amparaba a todo el que necesitaba auxilio; podía amar y podía decirlo; no sufría competidor; no había sacrificio que no hiciese por la amada o por el amigo; no había poder que le hiciera sacrificar su honra: todo esto era bello en la realidad y en la imitación poética, en el mundo y en el teatro; y así no había de hacer más que trasladarlo de la vida al poema. Pero la dama española de entonces, recatada y honesta, que obedecía dócil a su padre cuando le daba un esposo, y era fiel a este esposo y le amaba al fin, aunque al principio le repugnara, no podía ser presentada así en el teatro, porque donde falta lucha no hay interés, y la virtud paciente, por más bella y admirable que sea, no es de efecto dramático; parece en el teatro que el que se resigna es porque siente poco, y el que siente poco, no excita vivo interés. Tenía, pues, Calderón que formarse una dama un tanto ideal, reuniendo en una persona rasgos de carácter pertenecientes a mujeres de clases distintas: hízola altiva, grave y sagaz, como la hija del vecino; un poco egoísta, es decir, incapaz de amistad con otra mujer, como lo son todas, porque la verdadera y única amistad posible en la mujer es el amor; su verdadero y único amigo es el hombre. También animaba el honor a esta encantadora criatura; pero la diferencia de sexo establecía una total diferencia entre su modo de obrar y el del hombre: aquél hacía alarde público de su amor; ésta necesitaba ocultarlo a su familia y al público: las tinieblas nocturnas, el traje negro de manto, y la oportuna falta de cuidado con las llaves y puertas, facilitaban entrevista al galán y la dama, ya en la reja, ya en la calle, ya en el mismo aposento de ella, donde un discreto y honesto coloquio solía ser turbado por la terrible aparición del padre o del hermano ofendidos, o por la aciaga visita de un rival o un competidor, que convertían la dulce plática en acalorada riña de celos. Así corrían su amor cada vez más contrastados y más encendidos, hasta que un malogrado escondite u otro accidente les daba cierto grado de publicidad doméstica, en cuyo apretado conflicto el honor, inexorable como el destino, decidía la suerte de

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS